

La novela y atrás vienen los otros. Literatura y exilio colombiano

Malaver Baracaldo, Alba Cecilia

2020

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5110>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto
Presidencial del 3 de abril de 1981



LA NOVELA Y ATRÁS VIENEN LOS OTROS: LITERATURA Y EXILIO COLOMBIANO

DIRECTOR DEL TRABAJO
DR. JOSÉ ADALBERTO SÁNCHEZ CARBÓ

ELABORACIÓN DE TESIS
que para obtener el Grado de
MAESTRÍA EN LETRAS IBEROAMERICANAS

Presenta

ALBA CECILIA MALAVER BARACALDO

Puebla, Pue.

2020

Índice

La errancia colombiana vista a través del efecto literario.....	4
Bitácora de la novela <i>Y atrás vienen los otros</i>	20
Novela <i>Y atrás vienen los otros</i>	37
Capítulo I. Descendiendo.....	37
Capítulo II. A un mundo nuevo.....	40
Capítulo III. Comprando alegría.....	42
Capítulo IV. Falsificando ilusiones.....	43
Capítulo V. Vendiendo el alma y el cuerpo.....	45
Capítulo VI. Deshilando el pasado.....	47
Capítulo VII. Huyendo de la guerra.....	49
Capítulo VIII. Girando bajo un prisma de colores sicodélicos.....	51
Capítulo IX. La lucidez del exilio.....	53
Capítulo X. Y el trabajo de mis sueños se funde.....	55
Capítulo XI. No tenía a nadie.....	56
Capítulo XII. A pesar del desconcierto continué ahí.....	59
Capítulo XIII. En mi país el miedo tiene rostro.....	61
Capítulo XIV. Esa memoria que es la loca del pueblo.....	63
Capítulo XV. Fue entonces cuando encontré exilio.....	65
Capítulo XVI. Delirio de persecución.....	67
Capítulo XVII. Comencé a hilar ideas.....	69
Capítulo XVIII. No tengo a dónde ir.....	72
Capítulo XIX. O nos vamos o nos matan.....	74
Capítulo XX. Mientras el tiempo parece detenerse.....	79
Capítulo XXI. Aprendí de memoria.....	81
Capítulo XXII. Una realidad que sentí siempre ajena.....	83
Capítulo XXIII. Como el judío errante.....	86

Capítulo XXIV. Un maldito juego de amor y desamor.....	88
Capítulo XXV. El eco del martirio.....	90
Capítulo XXVI. Yo no sabía nada.....	92
Capítulo XXVII. Un montón de gente enmudecida.....	95
Capítulo XXVIII. Al filo de la vida.....	97
Capítulo XXIX. El oficio de contar las cosas.....	100
Capítulo XXX. Mi propia lucha.....	102
Capítulo XXXI. Habré muerto y no tenemos paz.....	103
Capítulo XXXII. Huir es imposible.....	105
Capítulo XXXIII. También al presente atormenta.....	107
Capítulo XXXIV. Un mundo en que lo anormal es normal.....	109
Capítulo XXXV. Mis heridas se curarán.....	110
Capítulo XXXVI. El aire no se me puede acabar.....	111
Capítulo XXXVII. Todos esconden algo.....	113
Capítulo XXXVIII. Hasta los recovecos de la memoria.....	114
Capítulo XXXIX. Las cosas por su nombre.....	115
Capítulo XL. No tuve más opción que... ..	116

La errancia colombiana vista a través del efecto literario

Un árbol que no tiene raíces, marchita.

Mostrar el efecto de la situación social colombiana que se refleja en el éxodo imparable de su población, y hasta el momento irremediable, y la sobrecarga de tenacidad de su gente ante las diversas situaciones de la vida es un tema recurrente en la literatura de este país. El desarraigo que vive su comunidad es un fenómeno social producto de circunstancias de índole histórico, geográfico, político, económico y cultural. Es así como exilio, identidad y literatura se unen en diversas obras para mostrarnos la fenomenología de la errancia colombiana, dentro y fuera de sus fronteras.

Según cifras oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, entre cuatro y cinco millones de colombianos, lo que equivale al diez por ciento de la población, viven en el exterior. En Colombia, el desarraigo se ha convertido en una enfermedad que viene propagándose de generación en generación; no hay necesidad de salir del país para padecerla y la diáspora es simplemente uno más de sus efectos. La mayoría de los inmigrantes colombianos no desean volver a radicarse en su país.

En un artículo titulado “La diáspora”, publicado por la revista colombiana *Semana*, el 15 de julio del 2002, el escritor, investigador y sociólogo Alfredo Molano, afirmó que: “Los colombianos estamos saliendo como las ratas cuando el buque que las ha criado por generaciones hace agua. Y sin importar la razón de la partida, todos soñamos con regresar ricos o traernos a la familia” (s.p.).

Horacio Calle y Jorge Morales, destacados antropólogos, publicaron *Identidad cultural e integración del pueblo colombiano* (1994), investigación auspiciada por la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en donde a través de diferentes trabajos de campo, describen qué factores han influido en la identidad del colombiano, cómo se perciben y son percibidos dentro y fuera de su país.

Las periferias de la etnicidad colombiana van más allá del territorio de su país. Penetran grandes áreas de Venezuela, por ejemplo, y se localizan con mucha intensidad en Florida o el centro de Nueva York, donde haya individuos con conciencia de tales, así hayan nacido en esos territorios extranjeros. Igualmente, se puede modificar la conciencia de identidad por esas latitudes distantes, así se conserven ciertos emblemas de la identidad anterior, como la cédula de ciudadanía o el pasaporte. (Calle y Morales 225)

Vemos entonces cómo la conciencia de identidad colombiana rompe fronteras, viaja o nace en otros países. El hecho de tener un documento que acredite la nacionalidad no es garantía de poseer dicha identidad en cuanto al sentido de tener plena conciencia de pertenencia a un grupo o comunidad. De la misma forma, tener raíces colombianas tampoco es sinónimo de tener percepción plena de las mismas, aunque estas hayan moldeado ese ser y su realidad. No reconocerlas implica un no reconocimiento de su propia historia.

Teniendo en cuenta que el sentimiento colectivo de afecto de los individuos a un espacio geográfico y sociocultural es determinante para el fortalecimiento de su identidad, en Colombia, el sistema orográfico, aunado a la sobrevaloración provincial y local durante el siglo XIX, fragmentaron el país e incubaron la división nacional en virtud de las identidades regionales y locales, siendo este un obstáculo para la integración.

Ahora bien, ¿quiénes son los colombianos y cuál es la diversidad que esto implica? Tomando la definición que nos dan los antropólogos Horacio Calle y Jorge Morales encontramos que:

Los colombianos son un grupo étnico de carácter nacional cuyos miembros tienen conciencia de tal identidad, reconocen a otros nacionales como grupos diferentes, y en su interior contienen grupos étnicos, tales como costeños, paisas, chocoanos, santandereanos, etc., de índole regional, junto a otros de carácter minoritario como son los grupos indígenas, diversos y los negros. (Calle y Morales 226)

Antecedentes históricos del desarraigo colombiano

En la segunda mitad del siglo XIX, los partidos tradicionales, liberal y conservador, sembraron intolerancia, odio y desintegración. Este doloroso proceso culminó con la devastadora Guerra de los Mil Días, que precipitó la pérdida de Panamá; este conflicto territorial irónicamente estimularía expresiones de identidad nacional.

A finales de dicho siglo, Bogotá, la capital, contaba con aproximadamente 80 mil habitantes, de los cuales la mayoría eran pobres, calles con mucha mendicidad y poca limpieza, barrios donde un vecino era rico y el otro pobre, pocas mujeres elegantes, doctores y comerciantes sobresalían en medio de la gente humilde trabajadora, artesanos, leñadores, lavanderas y campesinos. En la famosa Alameda, que comprendía una zona céntrica de la ciudad, se daba cita la pequeña burguesía capitalina para presumir sus trajes y adornos que contrastaban con los atuendos típicos del campesino colombiano, su sombrero, su ruana y sus alpargatas.

A principios del siglo XX, el país contaba con cinco millones de habitantes quienes vieron la construcción de nuevas vías férreas, el nacimiento de las primeras fábricas y, en general, la transformación de villorrios en “ciudades”. Durante las primeras décadas, la población aumentó de manera sustancial y en ello tuvo incidencia las creencias religiosas que prohibían el uso de los métodos de planificación y promulgaban el matrimonio a temprana edad; entonces se produjo una expansión de la población, muchos comenzaron a trasladarse del campo a la ciudad en busca de mejores oportunidades de vida. Las “ciudades” carecían de servicios públicos básicos, sus habitantes tenían bajos ingresos, malos hábitos de higiene y alimentación, además del bajo nivel educativo de la mayoría.

A mediados del siglo XX reapareció la violencia. Surgió la figura de Jorge Eliécer Gaitán, quien abanderó la oposición como la voz del pueblo contra la violencia política que desangraba al país. Su asesinato desencadenó un levantamiento de grandes proporciones, Bogotá acabó semidestruida y la democracia colombiana quedó herida de muerte.

El levantamiento nacional que se produjo tras el asesinato de Gaitán, dirigente del partido liberal, el 9 de abril de 1948, fue el comienzo de persecuciones políticas bipartidistas con agravantes relacionados con la producción agrícola, el comercio internacional y la inmadurez del sistema judicial. Grandes masas de la población rural se vieron obligadas a desplazarse a las ciudades, lo que trajo consigo un fuerte aumento en la descomposición familiar, pobreza, analfabetismo y desengaño de la idea del Estado protector. Todo este desencanto propició el nacimiento de distintos grupos guerrilleros. Más adelante llegaría la terapia bipartidista del Frente Nacional como un alivio ante el derramamiento de sangre, pero un fuerte estímulo para la corrupción.

La crisis de identidad nacional se acentúa en los años setenta debido al impacto del comercio y la mercadotecnia global; esta misma década también trajo consigo el nacimiento del narcotráfico, un nuevo asunto que presagiaba duras épocas, una falsa economía para el país y la degradación de la imagen de los colombianos en el exterior.

Con las nuevas tendencias internacionales de globalización, hoy día, el gobierno y los medios de comunicación colombianos trabajan en el fortalecimiento de la identidad local, regional y nacional, un trabajo muy arduo si se tiene en cuenta que más allá de unirlos unas costumbres y tradiciones, los une la misma guerra que continúa librándose, a pesar de que se hayan firmado los Acuerdos de Paz entre el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-FARC, pues siguen quedando grupos al margen de la ley, llámense guerrilla, disidencias, paramilitares, bandas criminales o delincuencia común, mientras el pueblo se encuentra en medio del fuego cruzado.

El historiador Napoleón Peralta Barrera, en su discurso de posesión como Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, titulado *“Crisis de identidad nacional”*, emitido el 14 de septiembre del 2004, realiza un recorrido por el camino que ha forjado el “nacionalismo colombiano”, y cómo este mismo se ve amenazado.

Napoleón Peralta habla del enfriamiento del patriotismo y el amor a los valores culturales propios, evidentes en la indiferencia por la conmemoración de las fiestas patrias y fechas tutelares, refiriéndose así, en ese momento, al Bicentenario de la Independencia Nacional de la patria, el cual estuvo ausente de las prioridades culturales del Estado.

La problemática histórico-social, la violencia, el narcotráfico, la no presencia del Estado, el desempleo y las nuevas campañas nacionalistas generadas desde el mismo palacio de gobierno,

han inyectado en sus habitantes una especie de anestesia ante el horror de la guerra que no cesa de derramar sangre, pues ahora, además de los cincuenta años de guerra entre ejércitos legales e ilegales, también se presenta la tragedia de los asesinatos a los líderes sociales, permitiendo, de esta manera, que se abandone el país sin remordimientos, sin retorno, sin la menor reflexión sobre el papel del ciudadano y, peor aún, en muchas ocasiones sin tan siquiera tener que cruzar fronteras. La identidad se crea y se transforma a través de los procesos históricos.

Identidad y literatura en la novela colombiana

"En el arte de vivir, el hombre es al mismo tiempo el artista y el objeto de su arte, es el escultor y el mármol, el médico y el paciente".

Erich Fromm.

La creación literaria en Colombia se encuentra marcada por el desarraigo y la errancia de sus connacionales. En este caso particular, el desarraigo no se presenta como una lucha continua por deshacerse de su cultura, sino como un sentimiento latente de que, como está organizado el país, no permite que se den las condiciones para generar un proyecto de vida estable.

Enmarcando nuestro objeto de estudio dentro del espacio que es Colombia como país, lugar, casa, hogar, punto de partida de sus nacionales que se identifican como colombianos, haremos un recorrido literario para cartografiar cómo el fenómeno migratorio incide en la vida de distintos personajes de ficción. El teórico Gastón Bachelard, en su obra *La poética del espacio* nos dice que para aclarar que la imagen, (en este caso el concepto de país como tal), es previa al pensamiento creador, hay que establecer que la poesía es una fenomenología del alma. El escritor

escribe sobre lo que vive y lo vive. La imagen poética, por su novedad, pone en funcionamiento toda la actividad lingüística, “nos sitúa en el origen del ser hablante” (Bachelard 14). Su efecto produce, en cada uno de los personajes, resonancias sentimentales que están directamente ligadas a los recuerdos de su pasado.

La dimensión del tema migratorio colombiano, y sus huellas en la literatura contemporánea, se ha convertido en objeto de estudio para la comunidad crítica literaria colombiana. En el artículo investigativo “En otro lugar: migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana”, la profesora Luz Mary Giraldo afirma que:

El resultado de nuestras lecturas confirma que las relaciones entre historia y ficción son innegables, y que la retórica del exilio y el desplazamiento ha tenido lugar no solo en nuestra vida cotidiana, sino también en nuestra narrativa literaria. (Giraldo 11)

Comencemos adentrándonos en la prosa del siglo XIX, lo cual nos lleva a hablar del gran escritor y poeta José Asunción Silva. La prosa de Silva y su revolucionaria incursión dentro de las letras en Hispanoamérica está ligada y comprometida con la situación social de su país natal, Colombia.

Estudiar la obra de Silva demanda conocer el contexto social y familiar en el que se desarrolló su vida, pues esto juega un papel crucial al interior de su creación, lo que en términos literarios llamaríamos “interiorización de exteriores”. La Bogotá de los años ochenta del siglo XIX en la que Silva creció, era una ciudad profundamente conservadora, siempre en actitud defensora de sus principios, con una sociedad burguesa acusadora, cruel, hipócrita y oscura, donde el estilo burgués solo era alcanzado por un pequeño círculo conformado por los famosos *cachacos*, aquellos de “costumbres refinadas y buen gusto”, entre los que se contaba con un grupo prestigioso de intelectuales.

“José Asunción Silva conocía algo más que el gusto, bueno o malo, de la sociedad de Bogotá; conocía al dedillo el carácter, la personalidad, las costumbres, los gestos de todos y de cada uno de los miembros de la sociedad bogotana, comprendidos los intelectuales”. (Santos 429-430)

En su única novela *De sobremesa*, crea a José Fernández y Andrade, millonario suramericano, equivalente al Dorian Gray de Wilde, quien, a través de la escritura de un diario, deja constancia de su vida, pensamiento, versos, sueños y aventuras dentro y fuera de las fronteras de su país. La obra inicia con un diálogo profundo entre tres amigos, en el que increpan al protagonista José Fernández sobre su quehacer poético y, al mismo tiempo, lo invitan a compartir con ellos en voz alta la lectura del diario que recopila sus memorias en París y Londres. Inicia entonces un recorrido metaficcional que va desde sus impresiones literarias, sus ansias de poder político en su tierra, hasta su travesía en Europa en búsqueda de su enamorada, Helena. Entre líneas, el autor del diario reconoce la ambigüedad de su identidad, que pasa por la certeza de su herencia llanera, la belleza y riqueza natural de sus paisajes, el hastío que siente ante el atraso de su tierra y la percepción de rastacueros que en Europa anegaba para entonces a un fino millonario sudamericano como él.

“(…) ambiciones que haciéndome encontrar estrecho el campo y vulgares las aventuras femeninas y mezquinos los negocios, me forzasteis a dejar la Tierra, donde era quizás el momento de visar a la altura, y venir a convertirme en el *rastaquoere* ridículo, en el *snob* grotesco que en algunos momentos me siento! (...)”. (Silva 72)

Para reafirmar ese desprecio con el que Europa tendía su mirada hacia la Colombia de finales del siglo XIX, el escritor hace uso de la voz del Dr. Rivington, a quién el personaje principal acude a consulta, y quien le aconseja, por su bienestar personal, desistir de sus sueños:

Vea usted, en lugar de pensar en ir a civilizar un país rebelde al progreso por la debilidad de la raza que lo puebla y por la influencia de su clima, donde la carencia de estaciones no favorece el desarrollo de la planta humana, asóciase usted con alguna gran casa inglesa a cuya industria sea aplicable el arte, con unos fabricantes de muebles o de porcelanas, de vidrieras o de telas lujosas para tapizar, y consagre usted su talento a hacer por ese medio objetivo la educación estética de los consumidores. [...] Pero, de preferencia, abandone su sueño de regreso a la patria y establézcase aquí. Francamente, ¿no cree usted más cómodo y más práctico vivir dirigiendo una fábrica en Inglaterra que ir a hacer ese papel de Próspero de Shakespeare con que usted sueña, en un país de calibanes...? (Silva 206)

Al final de la novela, Fernández encuentra a Helena muerta. El encuentro de ese sueño de amor se desvanece, al igual que los planes para llevar la civilización y el progreso a Colombia, todo esto leído en voz alta ante la expectativa de sus amigos y de nosotros los lectores. Por lo tanto, resulta que, a pesar del tiempo, los colombianos nos leemos en la prosa de Silva, el pasado reciente que se hacía lejano nos envuelve, esa realidad nos asusta y quedamos paralizados ante nuestro momento y realidad. Este metarrelato continúa vigente, nos habla a través de los amigos del protagonista, quienes lo ponen en aprietos cuestionándolo profundamente sobre su desarraigo y su compromiso con la reivindicación nacional.

Y entonces qué te detuvo, di, ¿qué te detuvo para hacer eso que habrías podido hacer y que era grande, enorme? preguntó Cordovez, con su entusiasmo de siempre.

Los pasteles trufados de hígado de ganso, el champán seco, los tintos tibios, las mujeres ojiverdes, las japonerías y la chifladura literaria, contestó Oscar Sáenz con displicencia, desde su sillón perdido en la sombra.

Eres más psicólogo que fisiólogo, respondió Fernández. (Silva 128)

En José Fernández, el hastío ante el mundo se transforma en una peculiar sed de vivir. En palabras del escritor Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura en 1982, esto hace a *De sobremesa*, “una novela de grandes y largos desahogos”.

Vemos, entonces, en la literatura inspirada en el contexto espacial y temporal de la segunda mitad del siglo XIX, la problemática en torno al desarraigo y a la crisis de identidad. Al igual que Silva, García Márquez, hace también uso de la palabra “tierra” para referirse a su país y da cuenta de la profundización del atraso y la violencia en su novela *El amor en los tiempos del cólera*. Fermina Daza, uno de los personajes principales de esta obra, describe el ambiente hostil, desordenado y violento al que no se acostumbraba y cómo, solo el recuerdo de su joven amor, Florentino Ariza, sostiene sus ganas de vivir.

Al atardecer, cuando llegaban los primeros, el lugar era despejado y tranquilo, pero amanecía transformado en una plaza de feria con un hacinamiento de hamacas colgadas a distintos niveles, y arhuacos de la sierra durmiendo en cuclillas, y el berrinche de los chivos amarrados y el alboroto de los gallos de pelea en sus guacales de faraones, y la mudez acezante de los perros montunos enseñados a no ladrar por los riesgos de la guerra. Aquellas penurias eran familiares a Lorenzo Daza, que había traficado por la región durante media vida, y casi siempre se encontraba con amigos viejos al amanecer. Para la hija, era una agonía perpetua. La hedentina de las cargas de bagre salado, sumada a la inapetencia propia de la añoranza, acabaron por estropearle el hábito de comer, y si no enloqueció de desesperación fue porque siempre encontró alivio en el recuerdo de Florentino Ariza. No dudó de que aquella fuera la tierra del olvido.

Otro terror constante era el de la Guerra. [...] (García Márquez 96).

A pesar del amor juvenil por Florentino Ariza, Fermina Daza contrae matrimonio con el médico Juvenal Urbino, quien representó para ella el ascenso social y el acceso a un mundo más ordenado. Así nos describe el autor el regreso del doctor Juvenal Urbino, después de una larga estancia en París:

[...] Era demasiado joven para saber que la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos y que, gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado. Pero, cuando volvió a ver desde la baranda del barco el promontorio blanco del barrio colonial, los gallinazos inmóviles sobre tejados, las ropas de pobres tendidas a secar en los balcones, solo entonces comprendió hasta qué punto había sido víctima fácil de las trampas caritativas de la nostalgia [...]. (García Márquez 119)

En esta travesía por el mundo de la palabra escrita vemos cómo la literatura da cuenta de que, cuando un colombiano emigra, no deja de soñar con su regreso triunfante a casa o con la idea de poder traerse a los suyos; lo paradójico es que, en la mayoría de los casos en los que se lleva a cabo el retorno, se regresa para darse cuenta de que debe volver a emigrar, que su “casa”, su “país” no es sinónimo de orden, de estabilidad, de seguridad.

Según Bachelard, la casa es un refugio que protege “contra la agresión animal del mundo, contra la tempestad. Y contra esta jauría que se desencadena poco a poco, la casa se transforma en el verdadero ser de la humanidad pura, [...] (Bachelard 76). El concepto ideológico de casa, entendido como un lugar de salvación y refugio para un colombiano, no lo es. Esa casa, como la describe el discurso literario, no representa ese lugar de salvación.

También, el trabajo del escritor y crítico Eduardo Camacho Guizado, en sus novelas *Aquellos rojos años* (1990) y *Sobre la raya* (1985), desarrolla el problema del desarraigo y la crisis

de identidad. La primera, desde la conciencia de un joven estudiante burgués y su tío, un hombre culto que viajó a Europa para estudiar. Ambos, víctimas de la intolerancia bipartidista en la Colombia de los años cincuenta. Camacho Guizado muestra cómo el fenómeno de la violencia conlleva a buscar alternativas civilizadoras en Europa, que traerán consigo nuevos problemas, desilusiones y nostalgias. En su segunda novela, un intelectual colombiano, inmigrante en España durante la década de 1980, hace una autoevaluación de su filosofía de la vida, de la situación de su país y de su vida en el exilio. Critica las formas y estilos de vida en Colombia y, al mismo tiempo, él es esa Colombia.

En *Aquellos rojos años*, “el tío Aurelio”, quien vivió y estudió en París a raíz de los problemas sociopolíticos de Colombia, la compara con Francia y busca justificaciones para quedarse y no volver a Europa.

-Creo que ya va a ser tiempo de irnos –dijo el tío sacándose la pipa de la boca-. Siempre me ha fascinado esta casa, que lo transporta a uno a otra época y a otro país. Hurgó la pipa con un palillo. Luego, levantó la cabeza y dijo:

-Esta casa no es este triste, mediocre y mezquino país poblado por gente fea, estúpida y violenta. (Camacho Guizado 197)

Otra de las novelas que trata el fenómeno de los desplazados por la violencia es *La multitud errante*, de la escritora Laura Restrepo. Es la historia de un campesino colombiano que se ha mantenido deambulando desde niño, víctima de la guerra y de la lucha bipartidista de los años cincuenta. Muestra cómo el paso del tiempo no mitiga el dolor de sus recuerdos, y la guerra, que solo cambia de escenarios, lo persigue para siempre, lo convierte en migrante dentro del territorio de su propio país.

La investigadora Liliana Ramírez-Gómez, afirma que esta obra “explora más que la identidad como sujeto, la condición misma del sujeto que migra. Un sujeto en movimiento, buscando centro, usando la voz para nombrarse y posicionarse”. (Ramírez-Gómez 39). Hecho que, según ella misma, “invita a pensar en otras nociones de migración que tienen que ver con el exilio interior”. (Ramírez-Gómez 39)

Su familia es liberal y debe alejarse de los conservadores. Son víctimas de la violencia, pero, en su error, ejercen y llevan la violencia consigo mismos. Roban y atracan para poder sobrevivir. Eso lleva a comprender cómo el desplazamiento forzado mata en vida, acaba convirtiendo al colombiano en otra persona que no es. Lo anula. “Un hijo del monte, volando al capricho de los cuatro vientos en medio de un país que se niega a dar cuenta de nada ni de nadie”. (Restrepo 53)

El protagonista de esta novela encarna al colombiano que debe aprender a hacer de todo para ganarse la vida. Sabe hacer muchos oficios legales e ilegales. El colombiano aventurero que no lo ata nada y que, al son de una mejor vida, arranca para donde sea en busca del dinero, pero en el fondo, en busca de sí mismo.

Basta con que a sus oídos lleguen noticias de que a los bajos del Guainía está migrando gente en busca de oro, o que a Araracuara y al río Inírida acuden miles de todo el país a vivir de la siembra de la coca, para que enseguida su tormento, por un rato apaciguado, vuelva a estremecerlo y le infunde la certeza de que Matilde Lina debe andar por esos rumbos refundida entre aquella gente. (Restrepo 104)

Es ese colombiano que siempre regresa, como el eco, después de haberlo dado todo.

Hasta ahora siempre ha vuelto al cabo de unas cuantas semanas, derrengado de cansancio y enfermo de decepción, pero con el morral repleto de naranjas y panelitas de leche que trae de regalo para su Ojos de agua y para la madre Françoise, y con una caja de bocadillos de guayaba que reparte entre Perpetua, Solana, Solita y Marisol. (Restrepo 104)

Junto a esas reflexiones que hacen referencia a la colombianidad (los dulces típicos, la música, la búsqueda de la riqueza), también se ven las huellas de la guerra y el sentimiento de olvido por parte de las instituciones del gobierno. “Detrás de ese aire de derrota está vivísimo el rencor. Me advirtió. Huyen de la guerra, pero la llevan adentro, porque no han podido perdonar”. (Restrepo 101). El desarraigo, la errancia y la crisis de identidad, una combinación que no le hace bien ni a los personajes de discurso literario ni a los de la vida real. “[...] Una “multitud errante” que desde los tiempos de la Guerra chica transita por el territorio en busca de alguien o algo, y en el caso individual, de sí mismo”. (Giraldo 13)

Oscar Collazos publicó, en el año 2003, el libro *Desplazados del futuro*, con testimonios que relatan la magnitud de la guerra actual en Colombia, y en donde afirma que: “importa menos el impacto de la violencia en las familias de los desplazados o en los sobrevivientes de las víctimas, que el trauma producido por el desplazamiento” (13).

En la novela *Y atrás vienen los otros*, de mi autoría, abordo el desarraigo desde el punto de vista de una contadora de historias, una periodista que emprende el viaje hacia Estados Unidos en busca de un mejor futuro, en busca de seguridad. Ángela es una joven que se convierte en un ser capaz de ver y analizar profundamente su esencia, pero para quien comprender su propia actitud de optar por el exilio la llevará a cerciorarse de la herida incurable que lleva en su propia sangre.

Cuánta gente espantando el dolor... arrastrando la herida. Poniendo miles de kilómetros de distancia. Abandonando lo que en verdad somos. Convirtiéndonos en algo que no somos para perdernos. Ahí comencé a ver el camino a mi propio regreso. (Malaver Cap. 33)

La diáspora colombiana ha sido bastante compleja, implicando recurrentes movimientos de grupos humanos que se desplazan de su tierra, ya sea dentro del mismo país o hacia el exterior, a tal punto que este mismo fenómeno ha influido en el mismo concepto de identidad. Así lo afirma el también escritor y catedrático Germán Rey, en su libro *La diáspora: tránsitos y mezclas*: [...] Las oleadas de pobladores expulsados de los campos y de las ciudades por la violencia, no son un fenómeno nuevo, sino uno de los signos más determinantes de la Nación. (Rey s.p.)

El desplazamiento forzado ha pasado a formar parte de la identidad del colombiano. No se le ha permitido a este sujeto crear un verdadero vínculo con su tierra, por el contrario, se le ha llevado a recibir múltiples influencias y a continuar errante, buscando llenar ese vacío.

“En Colombia, casi todos los campesinos pueden decir que su padre, o su tío, o su abuelo fue asesinado por la fuerza pública, por los paramilitares o por las guerrillas. Es la diabólica inercia de la violencia que, desde antes de 1948, año del asesinato de Gaitán, ha dejado más de un millón de muertos”. (Molano 13)

En conclusión, la errancia se convirtió en parte de la identidad del colombiano, y el desarraigo se vive no solo fuera del país, sino también dentro del mismo territorio geográfico, y en ese divagar territorial, memoria y raíces van perdiendo sentido. “Nuestra historia es la historia de un desplazamiento incesante, solo a ratos interrumpido”. (Molano 14)

Referencias

- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2002.
- Calle, Horacio y Morales, Jorge. *Identidad cultural e integración del pueblo colombiano*. Bogotá: OEI. 1994. Impreso.
- Camacho, Eduardo. *Sobre la raya*. Bogotá: La Oveja Negra. 1985. Impreso.
- Camacho, Eduardo. *Aquellos rojos años*. Bogotá: Planeta. 1990. Impreso.
- Collazos, Oscar. *Desplazados del futuro*. Bogotá: Intermedio Editores. 2003. Impreso.
- García Márquez, Gabriel. *El amor en los tiempos del cólera*. 1985. Barcelona: Círculo de Lectores. Impreso.
- Giraldo, Luz Mery. *En otro lugar: migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana*, Inicio, 13, 24
- Malaver, Alba. *Y atrás vienen los otros*. 2006. Sin publicar.
- Molano, Alfredo. *Desterrados: Crónicas del desarraigo*. Punto de lectura, Bogotá, 2001.
- Peralta, Napoleón. *Crisis de identidad nacional*. Boletín de historia y antigüedades, Vol. XCI No. 827, diciembre 2004, pp. 695- 723. 2004. Impreso.
- Restrepo, Laura. *La multitud errante*. Bogotá: Editorial Planeta Colombia S.A. 2001. Impreso.
- Ramírez-Gómez, Liliana. *Sujeto migrante en la narrativa colombiana contemporánea*. Cuadernos de literatura, Bogotá, (Colombia), vol. 13, núm. 24 enero-junio 2008.
- Santos, Enrique. *El Corazón del Poeta*. Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997, p. p. 429-430.
- Silva, José. *De sobremesa*. Fundación el Libro Total, 1887, pp. 72.

Bitácora de la novela *Y ahí vienen los otros*

Desandando el camino de la creación literaria

2005

Partiendo de la base de que somos una construcción social, me resultó alucinante la posibilidad de describir los intrínsecos de la errancia colombiana desde el punto de vista de una contadora de historias, una periodista que decide emprender el éxodo en busca de un mejor futuro. Así logré la delimitación del tema. La idea surgió en los talleres literarios que el Dr. Alejandro Palma ofrecía en la Maestría en Letras Iberoamericanas en el Departamento de Humanidades de la Universidad Iberoamericana Puebla, en el año 2005.

Con los fundamentos teóricos adquiridos, y la confianza que el Dr. Palma animó en mí, me di a la tarea de realizar la maqueta de la novela. Ese fue el primer paso de *Y atrás vienen los otros*. Delimité el objetivo: “Escribir una novela en donde se represente el efecto dominó de la situación social colombiana: el desarraigo, la errancia alrededor del mundo, imparable e irremediable, y la sobrecarga de tenacidad de su gente ante las diversas situaciones de la vida”.

Al inicio pensé en dos personajes femeninos: la periodista y su prima. Repasé los grandes personajes de las obras literarias que más habían provocado efecto en mí y encontré que había una constante: voces femeninas. Noté que, aunque la mayoría de los autores eran hombres, los personajes femeninos eran fundamentales porque expresaban claramente su sentir, ese sentir que sostiene el peso de la sociedad. Traté de eludir esa idea teniendo en cuenta mi condición de mujer, pero una y otra vez las féminas querían hablar. Y, así pues, como un acto premeditado que asaltaba mi propia razón, los personajes comenzaron a describir sus propias características. Como en las novelas de García Márquez, su existencia fue previa a la escritura de la obra.

El cierre de la novela me fue dado desde el comienzo: todas emprenderían un viaje sin regreso y la protagonista develaría el oscuro mundo del espionaje en el que su prima se debatía, mientras ella inconscientemente termina siendo espía de sí misma, pero ¿cómo atravesar la senda?

El siguiente paso fue buscar los antecedentes. Busqué las fuentes de apoyo, novelas, documentales, cartas, noticias del periódico, artículos y películas que trataran el tema de los inmigrantes. Comencé a escribir y a reunir mis propias notas sobre lo encontrado, haciendo mis propias reflexiones.

Agosto

El primer libro de la investigación literaria fue *La multitud errante*, de Laura Restrepo. Su novela habla sobre lo que denomina “la guerra chica”: el enfrentamiento entre liberales y conservadores originado por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, dirigente político colombiano, cuyo magnicidio, ocurrido el 9 de abril de 1948, provocó el levantamiento popular conocido como El Bogotazo, referencia inevitable respecto a la problemática social actual en Colombia, que se traduce en muerte y desplazamiento forzado.

El protagonista debe huir de la guerra desde su infancia. Su familia es liberal y debe alejarse de los conservadores. Son víctimas de la violencia, pero en su errancia ejercen y llevan la violencia consigo mismos. Roban y atracan para poder sobrevivir. Eso me lleva a comprender cómo el desplazamiento forzado mata en vida, acaba convirtiendo al colombiano en otra persona que no es. Lo anula. Este análisis me sirve para ir dilucidando el desarrollo de los personajes de este proyecto, quienes pueden terminar perdiéndose a sí mismos.

Estas son algunas de las citas que me ayudan a enmarcar el efecto de la colombianidad y de la errancia: “Un hijo del monte, volando al capricho de los cuatro vientos en medio de un país que se niega a dar cuenta de nada ni de nadie”. (Restrepo 53). “Aquí en tu país he aprendido que cuando las cosas no tienen solución, el mejor remedio es irse a bailar” (Restrepo 72).

El protagonista de esta novela encarna al colombiano que debe aprender a hacer de todo para ganarse la vida. El colombiano aventurero que no lo ata nada y que, al son de una mejor vida, arranca para donde sea en busca de dinero.

Basta con que a sus oídos lleguen noticias de que a los bajos del Guainía está migrando gente en busca de oro, o que a Araracuara y al río Inírida acuden miles de todo el país a vivir de la siembra de la coca, para que enseguida su tormento, por un rato apaciguado, vuelva a estremecerlo y le infunde la certeza de que Matilde Lina debe andar por esos rumbos refundida entre aquella gente. (Restrepo 103)

Junto a esas reflexiones que hacen referencia a la colombianidad, también se ven las huellas de la guerra y el sentimiento de olvido por parte de las instituciones del gobierno. “Detrás de ese aire de derrota está vivísimo el rencor. Me advirtió. Huyen de la guerra, pero la llevan adentro, porque no han podido perdonar” (Restrepo 101).

Continuando mi investigación, dentro de los libros recopilados en Colombia me encontré con la obra *Desplazados del futuro*, de Oscar Collazos. De entrada, aparece una frase que me estremece: “Importa menos el impacto de la violencia en las familias de los desplazados o en los sobrevivientes de las víctimas, que el trauma producido por el desplazamiento” (13), ya que ese mismo trauma es el que viven los colombianos en el exterior. “Lo han abandonado casi todo, excepto la memoria”. “No se trata solamente de los sobrevivientes, de quienes vieron morir a sus

padres, hermanos, parientes y amigos, o de quienes fueron testigos del exterminio de familias enteras. Hay que incluir en este inventario de espanto a los fugitivos del miedo: no querían correr la misma suerte de familiares y conocidos” (Collazos 14).

El autor recopila una serie testimonios de niños desplazados que viven en el barrio Nelson Mandela, de Cartagena. Respecto al método utilizado, dice que ha tratado de evitar el patetismo de sus confesiones: “De ese patetismo espectacular y escandaloso se alimentan, a menudo, los medios de comunicación de masas” (Collazos 16).

Comencé a leer la novela *Sobre la raya*, de Eduardo Camacho Guizado. Al inicio la encontré tediosa y solo continúe gracias a previas referencias recibidas. El protagonista es Luis Carlos, escritor colombiano radicado desde hace diez años en Madrid. Los personajes secundarios son: Eduardo, profesor de literatura y amigo de la infancia de Luis Carlos, también vive en Madrid; Johan, venezolano e hijo de alemanes, joven, apuesto, muy apegado a sus raíces, está de vacaciones en España y tiene ideas revolucionarias; Adriana, esposa de Luis Carlos, su matrimonio está en decadencia; Lía, amante de Luis Carlos, es italiana o española; y Antonio “El Sabio”, hijo de Luis Carlos.

Me dispongo a dar mis apreciaciones de la obra *Sobre la raya*, en aras de desandar el proceso de escritura y encontrar material que soporte mi investigación. Eduardo Camacho Guizado hace uso de su propia vida y habla en esta obra a través de la voz de Luis Carlos, el protagonista. Su estructura temática y estilo le fueron inspirados de la novela *De Sobremesa*, del poeta y escritor José Asunción Silva. No es una locura afirmar esto ya que Camacho Guizado es un reconocido silvista.

Ha sido un gran hallazgo encontrar la intertextualidad temática entre estas dos obras. Así como el poeta, Camacho Guizado hace también una radiografía del colombiano burgués exiliado por su propia decisión. Incluso hace uso del nombre del gran poeta colombiano dentro de su propia novela, lo incluye como José Rafael Silva (35), su amigo, que ha enviado recomendado a Johan, el venezolano.

Esta lectura me ayuda a fundamentar claramente cómo, para el colombiano burgués, la huida de sí mismo forma parte de su idiosincrasia, de manera previa a los acontecimientos históricos de mediados del siglo XX. Como intelectual, hace una autoevaluación de su filosofía de la vida, de su país y de su experiencia en el exilio, para concluir o darse cuenta de que sus raíces e idiosincrasia le piden, por intermedio del personaje venezolano, hacer algo. El venezolano lo confronta.

La novela también hace alusión al Quijote de la Mancha, incluso el protagonista llega a parafrasear algunas escenas. Cuando se refiere a El Gran Chapetón, alude al Quijote, y dice: “[...] abre casualmente el libro por la última página y lee: ‘pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida o de costumbres’” (65). Esta frase cala fuerte en el tema del desarraigo.

Johan llega a la vida de Luis Carlos para enfrentarlo con sus propias raíces, pero a pesar de que Luis Carlos confiesa sentir a veces deseos de volver a Colombia, argumenta el porqué es mejor no volver: el salvajismo de la gente y de sus calles, algo con lo que ya no podía convivir.

Durante el desarrollo de la novela, Luis Carlos, el protagonista, reflexiona sobre lo que implicaría regresar a su patria; sabe que lo mejor sería volver, pero siempre se encuentra buscando razones para no hacerlo. No hace más que criticar las formas y estilos de vida en Colombia y, al

mismo tiempo, él es esa Colombia que critica. Lo demuestra a través de las actitudes. A pesar de que Luis Carlos no quiere regresar a Colombia, sigue siendo colombiano en su forma de pensar y de hablar. Aunque el desarraigo es evidente: “En la madrugada, el vino de insomnes efectos le hizo pensar que, bien, que uno se debe a su gente, pero que por qué allá precisamente y no aquí, donde se pasa mejor y no hay niños envueltos en papeles ni burros por las calles sueltos. [...]” (Camacho 50).

Aquellos rojos años, otra obra del escritor Eduardo Camacho Guizado, trata sobre las experiencias de un adolescente burgués en Tunja, quien estudia en un colegio de curas en plena época de la violencia entre liberales y conservadores, más o menos en los años cincuenta. El joven pertenece a una familia liberal y, por lo tanto, se considera fiel a esos principios que le han inculcado. Los problemas comienzan al estar en un colegio católico y conservador, en una ciudad manejada también por los conservadores quienes, arbitrariamente, imponen su ley.

Me interesa el tema para mi novela por la referencia al fenómeno de la violencia que conlleva a mirar y a buscar alternativas civilizadoras, en este caso, fijando los ojos en Europa, lugar que se convierte en el ícono a seguir para huir del salvajismo. Asimismo, muestra la religión como un obstáculo, como una barrera ante el desarrollo. El protagonista debe enfrentarse a sus compañeros conservadores. Ve como los curas utilizan la religión para amedrentar al pueblo y manipularlo, para obtener sus propios beneficios. Su familia termina decepcionándolo. Los dos partidos políticos también lo decepcionan.

Guillo, el personaje principal, representa al pueblo que desea vivir en paz, sin doble moral, sin injusticia, pero al comprender que su liberalismo se ha convertido en una simple lucha de colores se siente defraudado. Los mismos provincianos maldicen el provincialismo y anhelan la ciudad. Entiendo que personajes como Guillo, quien admira la tecnología, lo nuevo, lo extranjero

(162), encarna a ese ser que insistentemente se multiplica en Colombia. Continuando el camino en la búsqueda de esa base que me ayudará a describir y a sustentar los efectos de la errancia, encontré el libro *Identidad cultural e integración del pueblo colombiano* de Horacio Calle y Jorge Morales.

Horacio Calle, reconocido antropólogo colombiano, toca las fibras más profundas de mi propio ser, ya que además de haber sido mi profesor de “antropología cultural” en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, fue también la persona que abrió mi mente para hacer conciencia sobre la manera en que la cultura moldea y cómo podemos, a través de esos ejercicios anticulturales, resquebrajarla en la búsqueda de la razón. He ahí uno de los motivos que me inspiró a escribir esta novela. Esta es la descripción que hacen los autores sobre la diversidad que implica Colombia:

Los colombianos son un grupo étnico de carácter nacional, cuyos miembros tienen conciencia de tal identidad, reconocen a otros nacionales como grupos diferentes, y en su interior contienen grupos étnicos, tales como costeños, paisas, chocoanos, santandereanos, etc., de índole regional, junto a otros de carácter minoritario como son los diversos grupos indígenas y los negros. (Calle y Morales 226)

Me resultó muy útil también para ubicar cómo la conciencia de identidad colombiana rompe fronteras, viaja o nace en otros países, pero, al mismo tiempo, emblemas como la cédula o el pasaporte que la justifican no son garantía de la misma.

Las periferias de las etnicidades colombianas van más allá del territorio de su país. Penetran grandes áreas de Venezuela, por ejemplo, y se localizan con mucha intensidad en Florida o el centro de Nueva York, donde haya individuos con conciencia de tales, así hayan nacido en esos territorios extranjeros. Igualmente, se puede modificar la conciencia de identidad

por esas latitudes distantes, así se conserven ciertos emblemas de la identidad anterior, como la cédula o el pasaporte. (Calle y Morales 225)

La época de la violencia fue un periodo de persecuciones políticas bipartidistas, liberales y conservadores, que incluyó otros componentes, tales como la producción agrícola, el comercio internacional y la inconsistencia del sistema judicial.

Las personas mayores de 55 años destacan, ante todo, el elemento de la persecución y antagonismo bipartidista como causa primordial de dicha conmoción. Grandes masas de población rural se trasladaron a las ciudades y poblaciones intermedias, creando crisis general en las administraciones locales y regionales, aumentó la descomposición familiar, crecieron la miseria, el analfabetismo y la desilusión, especialmente la que tenía que ver con el sentido de Estado protector. (Calle y Morales 227)

Algunos políticos pueden ser honrados cuando son aspirantes y durante los primeros tiempos de ejercicio, pero el ambiente los daña, no pueden subsistir como tales, o tienen que abandonar el oficio. “La figura de Gaitán aparece profundamente como la de un mesías. Él apareció como redentor de grandes masas de población y no únicamente de los desarraigados. Su proyecto político se percibió como el de una nueva tierra, un milenio dentro del mismo territorio, sin necesidad de emigrar” (Calle y Morales 244).

Este análisis reafirma mi determinación de incluir dentro del marco histórico de la novela acontecimientos como el Bogotazo, hecho que ha marcado la vida de los colombianos. “El sentido de desprotección estatal, unido al del conformismo como alternativa ante dicha realidad, hace parte de la identidad del colombiano, de su ethos cultural” (Calle y Morales 227).

Octubre

Para resolver la pregunta de cómo surge la crisis de identidad que conlleva al desarraigo, me di a la tarea de buscar más pensamientos que desarrollaran esta idea, y encontré el trabajo realizado por el historiador Napoleón Peralta Barrera, titulado *Crisis de identidad nacional*, publicado en el Boletín de Historia y Antigüedades.

Peralta afirma que: “La crisis de identidad en Colombia se acentúa desde los años setenta, debido al impacto del comercio y el marketing globales, la cibercultura y el colonialismo virtual en todos los órdenes” (695). Y continúa:

Son fenómenos que avasallan fronteras e imponen nuevos patrones culturales, desdibujan la identidad patriótica e histórica y generan olvido e irrespeto de los mitos fundadores y la autenticidad nacional sin que, por lo general, los gobernantes se inmuten ni se aperciban. El enfriamiento del patriotismo y el amor a los valores culturales propios, verbigracia la cercanía del Bicentenario de la Independencia nacional en nuestra Patria aún ausente de las prioridades culturales del Estado, al igual que el desdén por el conocimiento y aprendizaje de las Ciencias Sociales, es decir, los elementos esenciales de la cultura de la nacionalidad, que explican en lo fundamental por la enunciada crisis de identidad, tanto en lo individual como en lo colectivo. (Peralta 696)

Sigo leyendo a Peralta y veo cómo este historiador llama la atención al comentar que las instituciones y gobiernos han sustentado sus proyectos culturales con el equívoco de que hacer cultura solo consiste en realizar conciertos, exposiciones y toda clase de eventos, es decir, una suma de cosas y no de procesos derivados del acontecer histórico y social de los pueblos: “Las

gramáticas que generan sentido y significación al interior de ellos, los códigos que configuran identidades y hacen posible los reconocimientos” (Peralta 704).

Pero el problema aquí no es solo de qué manera la cultura en sí determina la identidad de un país, sino la forma en que Colombia está sesgada por el espacio geográfico. El tipo de orografía aísla las regiones y eso implica una sobrevaloración provincial, una fragmentación del país.

El hombre es por naturaleza territorial y ostenta fuerzas internas que lo impelen a defenderse de su territorio y supervalorar su cultura, en un proceso que va de la diversidad geográfica a la unidad sociocultural. La mentalidad colectiva de apego de los individuos a un espacio geográfico y sociocultural determina su identidad y autenticidad territorial. (Ocampo 706)

Continúo en la búsqueda de mi sustento teórico y reviso diferentes autores e informes de organismos mundiales que aportan cifras sobre el desplazamiento en Colombia. Por otra parte, también encuentro antecedentes históricos sobre la identidad en Grecia, Francia, el pueblo judío y, por supuesto, Alemania. También me llaman la atención términos como Aldea Global y Globalización desde la concepción de Marshall McLuhan.

Ahora todos vivimos en este mundo irracional, instantáneo, inmediato. Yo nombré Aldea Global, pero la gente pensó que eso era un ideal, que yo estaba imaginando una situación ideal. En realidad, una aldea no es una cosa ideal, porque la gente sabe demasiado sobre los demás. No hay privacidad, no hay identidad. En la Aldea Global eléctrica la gente sabe demasiado, y ya no ha lugar donde esconderse. (en Jofré, 2000: 158)

Pienso entonces cómo en la prisa que trae consigo el ciberespacio nos hallamos frente a “los otros”.

¡El shock del reconocimiento! En un ambiente de información eléctrica, los grupos minoritarios ya no pueden ser contenidos - ignorados. Demasiadas personas saben demasiado las unas sobre las otras. Nuestro nuevo ambiente obliga al compromiso y a la participación. Cada uno de nosotros está ahora irrevocablemente envuelto en la vida de los demás, y es responsable de ellos. (McLuhan 24)

La mayor parte de los desplazados, campesinos, indígenas y pequeños propietarios no retorna y se establece en las ciudades donde luchan por su reconocimiento. Hasta el 2004, se calcula en tres millones el número de personas que han sido víctimas del desplazamiento interno forzado en Colombia. Al 2015, la ONU habló de casi siete millones de casos. Cifras oficiales también dan muestra de la migración creciente de colombianos al exterior, sin regreso, procedentes de áreas rurales y urbanas, que se vieron obligados a dejar sus bienes en manos de grupos armados o los venden por debajo de su valor real, para salvar su vida o protegerse de la extorsión y el secuestro. En el primer semestre del año 2003 salieron del país 117 mil personas, y en el año 2004, 113 mil. ¿Hasta dónde los llevó la sensación de desamparo? Ser desplazado implica un proceso de transculturación, un proceso de adaptación y, a la vez, de reconocimiento propio.

El informe del índice de desarrollo humano (IDH) del año 2004, creado por el Plan de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), dice que Colombia aportó más del cuarenta por ciento del total de los desplazados internos en el mundo.

También tropiezo con un artículo llamado *La identidad cultural y el espejo del otro*, de Jacques Leenhardt. En este artículo encuentro un gran análisis sobre lo que significa verse uno mismo en el otro y cómo el otro llega ser uno mismo. Comenta cómo, a pesar de que las distancias entre Europa y América se han hecho más cortas gracias a los medios de comunicación, parece que la distancia cultural cada vez es más profunda, logrando así de una manera sagaz demostrarles

cómo los papeles se están intercambiando. Hoy es a América a quien el mundo voltea su mirada y desde donde se exporta cultura.

Uno de los comentarios que me llamó la atención es el papel que ha jugado nuestro premio Nobel, García Márquez, para la historia de nuestro país; cómo, no solo ha revolucionado el mundo de las letras, sino ha hecho que se rescate y se conozca, se aprecie y se consolide nuestro mundo cultural para los mismos colombianos y para el mundo, desde Colombia. Hoy día, ya que se aprecia nuestra diversidad lingüística, nuestros propios aportes al español se reconocen y se ha dejado de perseguir nuestra idiosincrasia, ya se valora lo nuestro, todo esto se le debe al gran Gabo. Notable reconocimiento a la riqueza idiomática que la Academia de Estocolmo le otorgó por su cautivante realismo mágico, autóctono, mestizo, pleno de genialidades lingüísticas.

Otro artículo muy interesante es el publicado por la Revista 100 Días, del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), “Colombia en la geopolítica actual”. Edgar Ramiro Luna, su autor, habla sobre el fenómeno paramilitar y la forma en que este grupo se ha ido estableciendo civil y políticamente en diferentes zonas del país a partir de su desmovilización.

“Desplazamiento forzoso y tenencia de la tierra en San Pablo (Sur de Bolívar)”, es otro artículo publicado por el CINEP y allí Omar Gutiérrez, su autor, recoge los testimonios de diferentes habitantes de esta población sobre el tema de la guerrilla y los paramilitares, y la forma en que la población civil queda en medio de dos ideologías y actores. También habla del impacto del cultivo de coca y de los programas de fumigación con glifosato, los cuales han sido causa de desplazamiento forzoso porque los campos fumigados dejan de ser productivos. No obstante, todos los entrevistados refieren que lo más doloroso en las áreas rurales es el olvido al que los tiene sometidos el Estado.

Notas para la novela

Puedo escribir la novela en un tiempo que puede ser un solo año, un mismo año en el que abuelos, padres e hijos vivan cada uno la Colombia de los últimos cien años, que es la misma que continúa sucediendo hasta hoy día. La ausencia del Estado, el conflicto del bipartidismo, la migración interna, el desalojo, el olvido de la tierra a que han sido sometidas las nuevas generaciones que ya actúan como entes a los cuales les ha sido vetada la realidad; quienes no conocen Colombia, pero sueñan con estar en Miami, aunque resulte que Miami es un no mundo para ellos al final, y la guerra del hombre por el hombre los persigue como una maldición.

Pensando en el título que llevaría mi novela escogí *Y atrás vienen los otros*, porque se presta para varias interpretaciones. Lo saqué de la advertencia que hace el ejército a los campesinos ya que “los otros”, “los paras”, llegan después de los militares a hacer “justicia” por sus propias manos (CINEP 68). Pero también se permite interpretarlo de otra manera, ya que atrás vienen los otros, desde el punto de vista migratorio. Los otros son los que van obteniendo la posibilidad de salir del país y lo hacen en cadena. El éxodo colombiano es así, y seguirá siendo así, el que puede se marcha. De la vereda para el pueblo, del pueblo para la ciudad, de la ciudad para el exterior.

Como todos los movimientos, las migraciones se han dado por la injusticia social, la búsqueda del dinero, el conflicto partidista hasta llegar a un no saber por qué, pero hay que emigrar de Colombia, sin una concepción de amor por su tierra, con un desarraigo tapado a través del cultivo de costumbres y tradiciones en la lejanía.

Noviembre

Una vez realizada la investigación de la temática de mi novela, me enfoco en otras búsquedas, y la primera de ellas es la técnica narrativa. Reviso conceptos de novela de varios

autores y las diferentes formas narrativas que utilizan. Analizo las miradas que tienen las obras y la voz que tiene el autor dentro de ellas, en qué persona escribe, si es observador o partícipe. Esa decisión le da cierta perspectiva al lector, un nivel de involucramiento en la trama, en los hechos. También observo términos como imparcialidad y credibilidad que influyen dentro del transcurso de los hechos y que están relacionados con el tipo de novela que se escribe.

Reflexiones para mi proyecto

Para el caso de la novela escribiré los relatos en primera persona, que el narrador esté dentro de la historia, que exprese su punto de vista como personaje, narrador equisciente. “[...] es en la relación de equiscencia, es decir, en la equivalencia de información entre narrador y personajes, donde la novela moderna encuentra mayor diversidad” (Tacca 107). Así, de manera espontánea, este personaje narrador va a hablar desde su precisa visión autobiográfica y, como en la picaresca, será un héroe sin dignidad, un antihéroe, que cuenta descarnadamente su historia, a través de una conciencia que al principio no alcanza a comprender pero que al fluir su propia conciencia quedará al descubierto a través de la técnica del monólogo interior.

Puedo tener en cuenta como trabaja Faulkner, a través del narrador deficiente en tercera persona, donde la falencia de conocimiento del narrador es evidente. Donde “buena parte del misterio, del clima alucinado, de la oscuridad fecundante de su obra tiene origen en ese constante rehusarse a saber de sus personajes lo que, probablemente, ni ellos mismos saben.” (Tacca 85). Me parece interesante usar un poco del suspenso que hay en los personajes que saben más de lo que dicen y los que dicen más de lo que saben. En cuanto al personaje, para mi proyecto voy a utilizar el personaje como técnica, no como tema.

2006

Sigo indagando sobre técnica literaria y encuentro que, por ejemplo, como en la novela *El vampiro de la colonia Roma*, del escritor Luis Zapata, puedo hacer que la protagonista haga uso de la grabadora dentro de la historia de la novela, para justificar que, como periodista, ella la utiliza de forma ágil y así demostrar al lector aún más el apego a los hechos narrados al ir guardando notas que luego aparecerán transcritas en su diario.

Pienso que, si escribo en presente, Ángela no escribe, vive. Me interesa seguir como voy, metiendo la voz del otro, así, de repente, de tal manera que ni la protagonista sepa qué sucederá, dejando un halo de misterio. Además, no tengo que ser lineal, puedo meter lo del secuestro en Bogotá, pero ese hecho forzosamente tiene que ser en presente.

La nostalgia y la melancolía deberán ser una constante en el desarrollo de los personajes, de tal manera que estos dos sentimientos se transformen en un imán, haciendo que la debilitada identidad una entre sí a las mujeres colombianas de la novela, a pesar de la distancia física que las separa de su tierra. Estos dos elementos impedirán que sean totalmente víctimas de la aculturación.

Debo llevar al clímax de la novela utilizando el misterio y la impotencia a la que está expuesta la narradora. Dejar que la prima, la espía, exponga al lector y a la protagonista a lo inesperado. Haré que la protagonista viaje a través de su propia vida. Utilizaré uno de los aportes más relevantes de la novela picaresca, el personaje principal será un antihéroe, quien al final terminará justificando su desdén. Su dignidad quedará burlada. En un inicio creerá haber comprendido, pero después se dará cuenta de que, aunque inocente al principio, va paulatinamente actuando en términos de comodidad.

El desarrollo de la novela se enmarca en el inicio del siglo XXI, en medio de una ciudad moderna. Tendremos retrospectivas en el tiempo y el espacio entre Colombia y Houston.

2008

Habiendo determinado desde el comienzo cómo acaba el escrito, los personajes, el marco histórico, el espacio y las pautas psicológicas de las principales figuras de la obra, he concluido la primera versión de la novela *Y atrás vienen los otros*. Queda la certeza de que el camino ya venía marcado para este grupo de mujeres y la satisfacción de escuchar de su propia voz la explicación a dudas existenciales que encarnan el fenómeno de la migración, su abandono, su soledad y sus razones. Al final, la posibilidad de regresar en realidad no existe, ya que nunca el que regresa será el mismo que se fue.

Referencias

- Bernal, Patricia. *Cibercultura y ciudadanías cibernéticas: Mutaciones conceptuales*. 2003. Web.
- Calle, Horacio y Morales, Jorge. *Identidad cultural e integración del pueblo colombiano*. Bogotá: OEI. 1994. Impreso.
- Camacho, Eduardo. *Sobre la raya*. Bogotá: La Oveja Negra. 1985. Impreso.
- Camacho, Eduardo. *Aquellos rojos años*. Bogotá: Planeta. 1990. Impreso.
- Collazos, Oscar. *Desplazados del futuro*. Bogotá: Intermedio Editores. 2003. Impreso.
- Gutiérrez, Omar. *Desplazamiento forzoso y tenencia de la tierra en San Pablo (Sur de Bolívar)*. Revista controversia CINEP, 183. 2004. Impreso.
- Huntington, Samuel, *¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidense*. pp. 35-36. Bogotá: Ed. Paidós – Planeta. 2004. Impreso.

- Jofré, Manuel. *Conversando con McLuhan*. Entrevista realizada en Canadá, en enero de 1979, pp. 153-160. Santiago: UNIACC. Web.
- Leenhardt, Jacques. *La identidad cultural y el espejo del otro*. Revista Número, edición 32. Colombia. 2012.
- McLuhan, Marshall. *El medio es el mensaje*. Buenos Aires: Paidós. 1969. Impreso
- Luna, Edgar. *Colombia en la geopolítica actual*. Revista Cien Días. 2005. 37(14-16). Impreso.
- Morales, Otto. *Elementos mestizos en la cultura indoamericana*. Lectura en el festival de arte. Tunja. 1989. Impreso.
- Ocampo, Javier. *Identidad de Boyacá*. Secretaría de Educación de Boyacá. Cátedra de Boyacá. Tunja: Editorial Jotamar. 1997, p.p. 1-3. Impreso.
- Peralta, Napoleón. *Crisis de identidad nacional*. Boletín de historia y antigüedades, Vol. XCI No. 827, diciembre 2004, pp. 695- 723. 2004. Impreso.
- Restrepo, Laura. *La multitud errante*. Bogotá: Editorial Planeta Colombia S.A. 2001. Impreso.
- Tacca, Oscar. *Las voces de la novela*. Madrid. Editorial Gredos. Tercera edición.1985.
- Vargas, Marta. *Globalización, desarrollo regional y atomización del Estado Nación*. Universidad de los Andes. Bogotá. Web (Consulta-junio de 2004).

Y atrás vienen los otros

I

Descendiendo

Al bajar del avión, el miedo consumía todo mi cuerpo. Sentí duras mis articulaciones y un hormigueo en las piernas al caminar. “Tengo que estar tranquila”, pensé, mientras me dirigía al control de inmigración.

Aunque nadie me había dicho nada, las miradas me atrapaban. En cualquier momento me llamarían para meterme en algún lugar e interrogarme. En la mayoría de los aeropuertos del mundo el solo hecho de ser colombiano es ya una sospecha para ser sometido a controles “extras” de seguridad. Cientos de personas iban y venían. Por unos segundos estuve perdida. ¡Mi boca estaba petrificada! Mis ojos buscaban rápidamente a través de los letreros, las palabras, las letras, las traducciones, los significados...

Miré el reloj, habían transcurrido tan solo quince minutos. Me formé para hacer inmigración y poder salir de aquel laberinto. Por fin llegó mi turno. Frente a mí estaba un hombre rubio, muy alto, con unos penetrantes ojos azules; su boca se movía lentamente, pero yo no comprendía absolutamente nada. De pronto entendí que me preguntaba si yo hablaba inglés. “*Yes, I do*”, le respondí (comenzaban a salir a relucir las clases del Colombo americano). Pero pronto la fantasía del nuevo idioma se acabó y no volví a comprender.

El agente me sonrió y esa sonrisa me calmó. Respiré profundo y opté entonces por dejar fluir la malicia indígena (ya le había dicho que yo hablaba inglés, ahora no podía retractarme). Crucé mis manos y apreté fuertemente mi pulsera tricolor. Como por arte de magia comprendí que me preguntaba cuál era el motivo de mi viaje. Rápidamente le respondí que estaba de vacaciones. Lo dije tan segura que hasta yo misma me lo creí (esta fue la primera mentira para poder sobrevivir).

Hace tan solo un mes entregué mi carta de renuncia al noticiero. No es costumbre abandonar el éxito por ir tras lo desconocido.

El hombre marcó el sello en mi pasaporte y luego me indicó que avanzara. Tomé mis pertenencias, me cercioré de que estuvieran completas. Percibí que algo muy extraño había pasado:

¡Nadie había obstruido mi paso! De repente me hallé en un *hall* inmenso. La luz penetraba por grandes ventanales a través de los cuales se veían circular distintas clases de autos. ¡No lo podía creer! ¡Estaba frente a la calle! En una ciudad totalmente extraña, en otro país, en otro mundo, en otro lugar.

Y mi prima no llegaba. Atravesé aquella puerta de vidrio. Observé y no la veía. Agarré suficiente aire. La espera persistiría. Fue ella quien me animó a venir cuando le confesé los riesgos que corría, el vacío que sentía y las ganas de huir que tenía. Para mí ella es una mujer segura y fuerte.

Mientras se deshacía el tiempo, experimenté unas ganas locas de fumar. Miré hacia todos los lados; un hombre fumaba tranquilamente a tan solo tres metros de distancia. Recordé que en muchos sitios públicos de los países “desarrollados” fumar es un delito, entonces volví a experimentar esa angustia, ese no sé qué que se siente cuando rompes las reglas, cuando sabes que estás haciendo algo que no se debe. Ni yo misma me hubiese reconocido. Nuevamente no me importó. “Si esto va a ser así, no queda más remedio que acostumbrarme”, murmuré a mí misma. Luego supe que no era prohibido fumar en la calle.

Sin proponérmelo, comencé a verme reflejada en el otro. Fue así como identifiqué a aquel sujeto que muy amablemente, y en español, me prestó su encendedor para prender mi cigarro.

Por fin llegó Alexandra. Se ha mostrado muy contenta por mi llegada; tal vez siente en mí un apoyo, un apoyo que yo aún no entiendo. Quizá sea mi compañía.

—Ahora sí, ¿cuéntame cómo tomaste la decisión de venirte?

—No fue fácil. La directora me advirtió que lo pensara. Manejas la fuente, los contenidos, tienes la experiencia, no es momento de abandonar tu trabajo —me dijo. Tuve la intención de decirle que lo único que quiero es salvarme y vivir, pero me di cuenta de que esa respuesta no tendría sentido para ella y, por el contrario, hubiera quedado como una persona egoísta y, quizá, loca. Allá un periodista debe aprender a sobrevivir bajo las amenazas. El riesgo es normal. Yo, como otros tantos que también han huido, simplemente, no pude más.

—No te preocupes. Aquí también hay muchos medios de comunicación hispanos. Algo encontraremos para ti. Me alegra que estés aquí.

Cada palabra, cada frase que escribo atiende a la necesidad de desahogarme. El tiempo se vuelca sobre mí; se hace preciso cartografiar esta aventura, cerciorarme de no perder la costumbre de narrar. Llegará el momento en que tal vez yo pueda dar luz a estos escritos y entonces, usted lector, sabrá comprender con más claridad por qué tomé este camino. Por el momento, tal vez el centro seré yo... no importa, de alguna manera mi vida está desnuda.

II

A un mundo nuevo

Después de nuestra niñez, a Alexandra la vi pocas veces en Colombia. Mi tío la llevó a estudiar a Londres cuando apenas tenía trece años. Durante largos periodos soportó la presión del internado, las locuras de sus hermanas mayores y la ausencia de su madre, pero al final abandonó la escuela. Las tías siempre la catalogaron como una niña rebelde. El inglés que aprendió allá le sirvió para embarcarse en Colombia como camarera en un crucero, hasta que un día decidió bajarse en Miami para comenzar una nueva vida. Ella misma me contó esa historia en nuestro anterior encuentro en Bogotá, cuando le dio una de esas arrancadas que le saben dar por devolverse a vivir a la “tierrita”. Lo recuerdo bien. Eso fue hace un año, exactamente.

Nunca me interesé por preguntarle en qué trabajaba; supe que negociaba con ropa, que era mesera en Miami, que era lo que se llama una vieja “echada para adelante”. Tal vez por eso nunca le pregunté nada. La última vez que trató de radicarse en Bogotá montó un taller de modas que estaba siendo rentable, pero inesperadamente al socio capitalista lo metieron preso por lavado de activos. Me enteré porque el nombre de la marca apareció en las noticias. El negocio desapareció rápidamente. Perdió su tiempo, su trabajo y la poca confianza que tenía en sus paisanos. Me dijo no saber nada acerca de los negocios oscuros en los que estaba metido el inversionista. Creo que eso influyó. Sin pensarlo dos veces, regresó a Estados Unidos a comenzar de nuevo.

Camino a casa hablamos sobre su vida laboral. Me comentó que trabaja como mesera en un lugar llamado “Golden Nights”, un club para hombres.

—En una noche me hago unos trescientos dólares aproximadamente, y eso que no me acuesto con ninguno—, afirmó mirándome a los ojos y dibujando una sonrisa graciosa en su rostro. —Lo único malo es el ambiente, es muy pesado—. Actué como si me hubiese parecido el trabajo más normal del mundo.

El concepto que tenía de Alexandra comenzó a distorsionarse. Era claro que un trabajo como ese no puede divulgarse a los cuatro vientos, pero entonces ¿por qué esperar a mi llegada para contármelo? Los prejuicios no me gustan, aunque siempre me han sido inevitables. Estoy en otro país, debo abrir mi mente; tal vez debo hacer eso, así que he tratado de tomar las nuevas experiencias con simplicidad. Sin embargo, ese tema se clavó en mi cabeza como espina. Tal vez,

en realidad, Alexandra sea una prostituta y lo esté ocultando. Una especie de miedo me invade. La imagen de la única persona que me brinda apoyo en este país comienza a desvanecerse.

La alegría pretende transfigurar mi estado. Me enfoqué en el paisaje, un cielo sellado y níveo. Un avión rodando literalmente por encima de mi cabeza, moviéndose sobre el puente que atraviesa varias vías de salida del aeropuerto. Una ciudad moderna en perspectiva, con amplias autopistas que jamás había visto; con modernos peajes donde simplemente lanzas monedas a un contenedor y pasas; llena de ríos escarlata delineados, de espesos bosques diseñados, de grises rascacielos quebradizos. La impresión que causa la perfección. Ni un solo papel tirado en las calles y adentro la sensación de perseguir lo prohibido. Unos labios sin voz sobre mi rostro, estupefactos.

III

Comprando alegría

Todo ha salido contrario a lo que imaginé. Los amigos colombianos de Alexandra organizaron una fiesta ¿El motivo? La misma fiesta. Al fin y al cabo, dicen que Colombia es el país más feliz del mundo y que todo lo convertimos en pachanga. Lo que todavía no comprendo es por qué mis dotes de sociabilidad y mi alegría se vieron sesgados frente a lo que debió ser algo motivante para mí. Ni la juventud de sus rostros, ni la intensidad de su entusiasmo lograron bajar el nivel de angustia que produce en mí este nuevo rumbo en mi vida.

Las voces se calentaron con el sonido estridente de la música que permaneció “bajo control” para no molestar a los vecinos. Comienzo a pensar que tanto escándalo y tanta bulla tienen una explicación: gritarse a sí mismos que existen.

Los observé detenidamente pero no comprendí su aspecto. Estaba lejos de cualquier estereotipo visual de la Colombia actual. A mi manera de ver, su aspecto pertenece a una cultura que allá calificaríamos como pandillera y loba: cadenas de oro que en alguna época caracterizaron a los mafiosos, zapatillas abultadas, tatuajes, hombres de pelo largo, mujeres con cabelleras doradas haciendo alarde de cuerpos exuberantes. ¿Acaso esto forma parte de una nueva identidad colombiana?

La musa fue la nostalgia, la letra de las canciones salía del alma. Es claro que su gran pasado es Colombia. Su presente los obliga a idealizarla y el futuro será, quizá, un recuerdo donde habita *La tierra del olvido*, como los versos del vallenato que cantaron a una sola voz. Lejos del país, la evocación y el recuerdo viajan con ellos como una sombra.

“Métaselo en la cabeza: ¡usted aquí no es nadie!, en Colombia será periodista. Acá sin papeles para trabajar y sin hablar bien inglés... ¡olvídese!”. Esto me dijo uno de ellos. ¿Será que debo abandonarlo todo? Pregunta tras pregunta fue cegándome hasta enajenarme. Fui cortés y respondí a cada una de sus interrogaciones. Ellos dicen que son “caliches” como yo. Les expresé mi sentir: “¿Cuánto colombiano aquí? ni que regalaran las visas”, les dije.

—La visa es lo de menos. Todo tiene su maña—. Respondió sonriendo uno de ellos.

IV

Falsificando ilusiones

En aquel lugar mágico todo se compra y todo se vende. Afuera un letrero inmenso: “Pulga Tía Pancha”. Adentro van y vienen botas tejanas, pantalones ajustados, cervezas, grandes sombreros, vestidos floreados y alegres perfumes; deambulan el domingo al son de la música norteña. Un ambiente saturado, típico de un día de descanso. Rancheras, corridos, voces, risas y gritos luchan entre sí para ser percibidos mientras el olor a comida trata de ahuyentar el hedor a basura. Al bajar del carro traté de esquivar el caudal de agua sucia que bordeaba la calle, pero no pude.

En medio de tanta gente, Alexandra lo reconoció inmediatamente. Yo traía un dolor en la boca del estómago desde que supe que esa era la única salida. Sigilosamente acordaron el precio. No encontré más remedio que abrazar la zozobra y acallar la explosión que había en mi pecho. Quién sabe por qué el destino de la ilegalidad se apoderó de mí. Mi mirada se convirtió en un faro en búsqueda de policías, por suerte no vi ninguno. Caminamos por un laberinto entablado hasta llegar a una oficina improvisada.

El falsificador de ilusiones estaba allí. Una copia del *Tío Sam*. Frente a él una máquina de escribir para hacerme visible.

—La papelería es auténtica—, nos aseguró, la experiencia en el asunto lo hizo experto en el uso de aquel aparato. Tomó mi nombre directamente del pasaporte.

—No hay por qué preocuparse —dijo mi prima— que los *pelpas* son una *chimba* —.

-Alexa me conoce y sabe la calidad de mi trabajo, si es que yo de esto vivo y mantengo a mi familia-, aseveró.

Me entregó la *green card* y el *social security*, algo así como un permiso para sobrevivir (aunque no de manera lícita). Ya eran míos una especie de cédula y de pasaporte para trabajar. Según él, debo alegrarme: “no es sencillo conseguir unos papeles de tan alta calidad”.

De nuevo nos sumergimos en la ciudad y regresamos a casa. En el camino, mi mirada se pierde entre grandes parques, lujosos complejos residenciales rodeados de césped y jardines floridos, perfectamente cuidados; andenes amplios y vacíos; edificios en medio de una bruma espesa y fría. Y al llegar me abrazó una llovizna que se tornó lluvia en el espacio de mi memoria.

Mi habitación se presta para ensimismarme y dialogar conmigo misma, con la seguridad de que nadie podrá verme, ya que la única ventana que tiene este cuarto está resguardada por una cerca, que no permite ver más que el vidrio y el marco de la ventana. Desde este ángulo, en algunas ocasiones alcanzo a ver un pedazo de cielo.

En realidad, no sé qué busco, pero escribir y transcribir lo que me sucede es mi nueva terapia para alejarme de los fantasmas que me rodean.

V

Vendiendo el alma y el cuerpo

A lo lejos, una serie de luces colosales iluminaron la avenida. Alcé la mirada y ahí estaba yo, caminando frente a aquella enorme construcción. Una fuente rodeada de esculturas de mujeres esbeltas con cuerpos perfectos, bañados con luminosas aguas que reflejan el dorado y el azul del cielo, se impone a la entrada de aquel lugar. Una escena mágica, que tal vez evoca a Grecia.

Quise retroceder el tiempo. Eso no es lo que vine a buscar, pero volver ahora tampoco es una buena idea. Después de haber invertido hasta el último centavo en esta odisea ya no hay vuelta atrás. Continué, rechinando los dientes y aferrándome al piso para no caer.

A la entrada, dos hombres salidos del fondo de la tierra salvaguardan el acceso. Lucen tan fuertes que aparentemente no necesitan ni respirar. Sus rostros rígidos y fríos parecen anunciar el ingreso a un mundo totalmente desconocido, misterioso, lleno de encanto.

Es un universo lujurioso y profano. A cada paso, la temperatura de mi cuerpo va bajando. Adentro, pistas de baile hexagonales, atravesadas por tubos de acero y cubiertas por espejos que conducen a un sinfín. Barras henchidas de todo tipo de licores, lucen como soldados uniformados para menguar el frío de la guerra, uno tras otro, a la espera del primer anuncio para desatar su furia.

Alexandra me convenció camino al club donde trabajaba y ahí estaba yo, en medio del delirio. Tan solo han pasado un par de meses y el dinero que traía se me está acabando. Traté de conseguir otro trabajo, pero fue imposible. En realidad, esa era la única alternativa que me quedaba, lo demás era cuestión de seguir alimentando esperanzas.

—Los *biles* no dan espera, primita —me ha dicho Alexandra varias veces, mientras su mano derecha deja que su dedo pulgar roce repetidamente sobre el índice—. Será un trabajo de emergencia, ahí se cuadra; ya no le dé más vueltas al asunto—.

—Solo es cuestión de atender las mesas, llevar los tragos que le pidan mientras las bailarinas hacen su papel. Después los clientes le van a pedir que le traiga a fulana o a la de más allá. Usted las trae y por eso le dan su comisión. Eso es todo. No sea bobita que eso es muy fácil —dijo Alexandra antes de salir de la casa—. Nadie le va a faltar al respeto ¡fresca! Eran las siete de la noche cuando llegamos. Ella me presentó.

—¿Cómo estás, Jeff? Ella es Ángela, mi prima, de quien te he hablado.

Una tenue sonrisa dejó salir de mi boca. Los músculos de mi cara estaban casi rígidos. Estaba nerviosa.

—¡Hola Ángela! Seguro que aquí te vas a sentir muy bien; mira, creo que ya te explicaron cómo es el funcionamiento del negocio. Te vamos a pagar diez dólares la hora, con lo de los “tips” vas a juntar buen dinero. ¡Bienvenida! Alexandra muéstrale el club. Llévala a los camerinos y preséntale a las chicas.

Me condujeron a través de un pasillo largo y oscuro, en cuyas esquinas bordeaban pequeñas luces que bailaban al ritmo de la música. En el piso, en medio de la alfombra negra, un tapete rojo mostraba el camino. Por un momento experimenté que me faltaba el aire. Al fondo había una especie de cubículos llenos de luces y espejos. Todas saludaron a Alexandra con efusividad, mientras me observaban de pies a cabeza con disimulo. Una de las muchachas se me acercó para preguntarme de qué ciudad venía. Era una bailarina barranquillera. Se apresuró a decirme que allí me iba a ir muy bien. Que no había ningún problema de ley porque todo estaba arreglado. Quiso indagar más sobre mi vida, pero el sonido de la música la interrumpió y tuvo que volver rápidamente por su maquillaje y vestuario.

Los clientes llegan a borbotones. Todas tienen quien las prefiera. Alexandra tiene, en medio de su libertad, a un colombiano que según ella siempre la busca. Yo tengo la vida impetuosa, suelta, despavorida y una tibia lluvia de abril en mi corazón adormecido.

VI

Deshilando el pasado

Anoche dejamos fluir las palabras. Estuvimos horas sentadas en la alfombra viajando en el tiempo, rodeadas de un ambiente sagrado inspirado en la cultura hindú; el aire envuelto en tonos rojos, naranjas y amarillos junto a la luz de las velas hizo que el mundo aquella noche se hiciera excesivamente visible.

Tomé en mi mano una pequeña *chiva* que andaba perdida y traté en vano de encontrarle un lugar apropiado. El aroma del incienso viajó al ritmo de nuestros labios. Expliqué cómo la muerte de papá nos alejó de la extensa familia y, de qué manera, la orfandad fomentó la unión en nuestro pequeño círculo. —¡Siempre quise irme lejos! — le conté—. El silencio de mi madre era claro, evadía constantemente ciertas conversaciones; su empeño en trabajar y sacarnos adelante le dieron el privilegio de negarnos un pasado—.

A los quince años, Alexandra escapó de Londres y fue a dar a Israel. Allí permaneció dos años, lejos de la familia, sin hacer ni una sola llamada. Las siguientes fueron exactamente sus palabras.

—Gracias a Dios era gordita. Mis hermanas me tenían cansada; eran unas princesas fiesteras, y como yo era gorda y chiquita, me la montaban. Nunca he sabido lo que es un hogar, tal vez por eso, sin pensarlo, me fui. Mi madre sufría, pero ella ya tenía otro esposo y otros hijos por quienes vivir y mi papá estaba muy ocupado haciendo fortuna y gastándola. Hacer dinero le produjo tantos problemas que quizá para él una hija menos en su vida no era motivo de preocupación —sonrió, al fin y al cabo, mi padre siempre estuvo rodeado de las mujeres más hermosas y más putas del país. Cuando mi tío murió yo no estaba en Colombia. Nunca supe en realidad qué fue lo que le pasó a tu papá.

Sin pensarlo dos veces, me fui a Israel en 1983. Yo había escuchado que muchos colombianos estaban allá trabajando en *kibutz*, que necesitaban gente, y como a veces sufría por plata porque, aunque mi padre nos mandaba de Colombia, mis hermanas lo gastaban casi todo en lujos. Ellas estaban demasiado jóvenes y una hermana menor simplemente estorbaba. Cuando se es joven uno no piensa en las consecuencias, simplemente dejé la escuela y me fui sin contarle a nadie. Toda mi vida era un desorden, ja ja ja, así que me escapé.

Llegué a Israel con 20 dólares en el bolsillo. Cansada de caminar, me quedé dormida en una playa y entonces me robaron la maleta; quedé sin papeles y sin dinero. Un señor, que se compadeció de mí, resultó ser el dueño de un pequeño hotel. Me hice entender en inglés, me llevó y me dio de comer una especie de sándwich, el sándwich más rico que me he comido en toda mi vida. Menos mal que mi aspecto me ayudó; creo que no inspiraba ni un mal pensamiento —rió.

Mientras alababa su audacia, ella continuaba reviviendo aquella aventura. El vino tinto había logrado relajarnos. Dejé que continuara.

—Aquel hombre me dio trabajo de camarera; ahí mismo trabajaban otros dos extranjeros y me acomodó con ellos en una especie de buhardilla maloliente. Los tres teníamos que escondernos cuando llegaban a hacer redadas. Poco a poco fui haciéndome entender, hasta convertirme en la mano derecha de aquel judío. Cuando me pagó el primer sueldo no me quedó nada, pues nos descontaba la comida y la dormida. Como el tipo también vendía droga, yo le ayudaba a guardar, a entregar y a vender, así me ganaba unos pesos extras. Poco a poco fui ganando su confianza y empecé a hacer algo de dinero. La juventud no rinde cuentas.

Un día llegaron unos colombianos al hotel, dijeron que eran militares que estaban entrenándose en Tierra Santa para conseguir la paz en Colombia; resultaron ser paisitas, igual que yo, de unos pueblos de Antioquia. Finalmente, ellos me conectaron con una granja para que trabajara allá recogiendo tomates. Ahí me quedé hasta que me aburrí y decidí regresar a Colombia; llamé a mi madre y volví a casa.

De aquella conversación, unas cuantas palabras continúan zumbando en mi oído: “Nunca supe en realidad qué fue lo que le pasó a tu papá”; en realidad, yo tampoco he sabido con claridad qué fue lo que le pasó a mi padre. ¿Por qué me lo mataron?

VII

Huyendo de la guerra

Han pasado dos años y siete meses después del 9-11. He dejado de trabajar para dar a conocer una noticia y, en cambio, ahora formo parte de las estadísticas. Tengo miedo. Quizá es la obsesión por mi trabajo, o bueno, el que tenía en mi país. Y aunque en este momento mi atención gira sobre mí misma, no he podido dejar de escribir mis notas.

Las caminatas se hacen cada vez más largas, el hielo se está partiendo, las flores de la calle parecen marcarme el camino. Flores amarillas brillan en el suelo, en ocasiones oscuras por las sombras de los árboles; se encienden, se apagan, se desvanecen. Mis ojos tratan de no tocarlas, pero es imposible, están por todos lados. Solo escucho el silbido de silencio. La luz se envuelve con el frío.

A cuatro cuadras de la casa está la escuela de idiomas, en el octavo piso de una construcción color ladrillo. No hay nadie caminando en las calles, solo un colegio islámico llama la atención de todos. Las demás construcciones pasan desapercibidas. Es temprano aún.

A medida que camino por ese largo pasillo nuevos rostros aparecen. Algunos días el mundo es oriental, otros días es árabe y otros es hispano. Las lecciones comienzan en el ascensor; allí el oído se agudiza para recibir muchas naciones a través de la palabra. Todos tan distintos como nuestros lugares de origen. Estoy en la ciudad más multicultural de Estados Unidos.

El primer día busqué el salón No. 8 ubicado al final. Cuatro mujeres musulmanas se sentaron junto a mí. Sus miradas, aunque dulces, fueron totalmente esquivas (como si el *hijab* las protegiera y, al mismo tiempo, les permitiera evaporarse). Frente a nosotras estaban un árabe, una japonesa, un venezolano, una brasileña y una mexicana.

Tantos árabes en la clase de inglés me inquietaron. Quizá experimenté lo que ellos sienten al conocer a un colombiano: una mezcla de desconfianza, sospecha y compasión. La guerra transforma el alma y perturba los sentidos.

De nuevo en casa. Mañana la maestra irlandesa, con porte de princesa, me espera para que describa en inglés mi país, mis costumbres, el mundo que dejé atrás. Ahí nadie tendrá derecho a llorar. Ella no soportará las lágrimas. Quizás a ella no le costó trabajo adaptarse. Tal vez ser fuerte

es el mejor camino. Escucharé sus historias para darme cuenta, una y otra vez, de que estoy rodeada de personas que han dejado a su gente. Esto definitivamente no es normal.

My name is Ángela. I am from Bogotá, Colombia. I am single. I am journalist. Una especie de sombra se robó mi aliento y no pude continuar para subir mi voz y poder gritar: *I AM ALONE IN THIS COUNTRY, LOOKING FOR...* Inmediatamente el árabe dirigió su mirada sobre mí; me sonrió y su sonrisa me transmitió una tranquilidad inexplicable. Tal vez, él más que cualquiera de ellos comprende lo que es ser colombiano, sentirse perseguido y estar lejos de su país; tal vez, él esté huyendo de una guerra mientras que yo huyo de la mía, aquella que llevo dentro de mí.

VIII

Girando bajo un prisma de colores sicodélicos

¡Jamás imaginé esto! Sonrisas fluían efusivamente en mi rostro mientras me asaltaba la idea de que llegara un policía y se diera cuenta que mi permiso de trabajo es un engaño. Este club se ha convertido en mi salvación y en mi condena. Ya son muchas noches atendiendo mesas y, mientras tanto, no he hecho más que escuchar voces y voces que en su mayoría no comprendo; una sensación de impotencia, frustración y temor me invade.

Es un ir y venir entre mi realidad y mis sueños, sentimientos encontrados, visiones atraídas, espejismos cruzados; y yo girando bajo un prisma de colores sicodélicos.

Anoche vi que hasta el manager estaba nervioso. Encontré un pequeño espacio desde donde pude divisar claramente el panorama. La bailarina barranquillera tardó más tiempo de lo normal en hacer su reaparición. Estuve ahí, de pie, junto a aquella mesa llena de copas. Rodeada por sillones cebra en los que se acomodaron un grupo de hombres que en voz alta halagaron repetidas veces a Mónica. Por un momento experimenté que era otro tiempo, una visión onírica a la cual no me pude negar. Tenían razón. Observé lentamente, uno a uno, sus movimientos, majestuosa belleza poseedora del brillo de la luna, de las montañas más elaboradas, de las altiplanicies más fastuosas, de los volcanes más vivos. Sus caderas, música viva, y sus ojos revolución esmeralda. Mónica representa esa alegría, ese desparpajo que caracteriza a las caribeñas. Ella, la más deseada esa noche, como todas las noches, se vendió al mejor postor. Todos quieren probar aquel “polvo mágico”; esas fueron algunas de las palabras que comprendí.

Al final de la noche hablé con ella un momento. Está aquí por el dinero, ningún otro trabajo podría brindarle mejor satisfacción. A pesar del sentimiento confuso de reprobación que me produce, me gusta su sinceridad. Su esposo siempre la espera en casa; en la medida de lo posible, ella debe llegar antes del alba. Gracias al matrimonio con el policía consiguió arreglar sus papeles. Él patrulla las calles mientras ella saca provecho de su belleza. Su pragmatismo me sorprende; si ella misma no me lo hubiera dicho nunca lo hubiese creído. Por fin alguien que conozco tiene clara su vida.

— ¡Aja! Para mí las noches aquí son de guacherna. Debo sacarle todo el provecho a esto. Las mujeres barranquilleras siempre somos las que cantamos más, las que gritamos más,

tenemos una energía inagotable. Yo tengo claros mis planes. Para mí lo más importante es estar con una persona que me apoye, que me ayude, que me haga sentir bien. Para adelante más y más. Yo vengo por lo mío y ya está. ¡Uno no se puede poner con pendejadas!

Escuchando a Mónica entendí que debo escribir esto para dejar constancia de que lo que ocurre a mi alrededor da para más que un simple reportaje. Laberintos de vida. Ventanas transparentes en un mundo donde el individuo se responsabiliza de su sed. Ya no es simplemente mi necesidad de escribir, es ese llamado a contar que enciende mis letras y aviva el eco de las palabras en las grabaciones que hago para poder contarle a usted.

IX

La lucidez del exilio

Hay dos circunstancias que un periodista colombiano no puede evadir: la lucidez del exilio y el peso de la patria. La pasión por la patria trasciende más allá de las costumbres y tradiciones, eso se lleva en la sangre y lo persigue a uno como la muerte.

Al pisar tierra extranjera se devuelve toda la película. La fatalidad de la muerte lo alcanza. Hay que dejar todo: familia, amigos, cultura, trabajo, todo. Hasta las montañas desaparecen dejando que los vientos corran libremente y traigan la marea roja de allá. El propósito de las amenazas se cumple. De algo hemos de morir, pero me resisto a creer que sea en vida.

Escribo aquí para que el oficio de contar no sea solamente un recuerdo, para que mis anhelos no se pierdan en medio de ventas, restaurantes, bares, almacenes y fábricas; para que aquella experiencia periodística no se desvanezca. No hay marcha atrás, eso implicaría el olvido, el abandono de mí misma, el desdén del trabajo realizado sobre el conflicto social y armado, la negación de las violaciones a los Derechos Humanos y la corrupción, eso continúa existiendo a pesar de mi distancia.

Muchos periodistas hemos huido despavoridos. Aunque la presión de directores de medios, grupos armados, funcionarios corruptos y narcotraficantes aún nos tiene a la deriva, muchos nos dejamos guiar por el canto de las sirenas. Esos comentarios al interior de círculos periodísticos que hacían referencia a que el status de refugiado o asilado era la solución, no eran ciertos. ¿Quién, por cuenta propia, quiere renunciar a lo suyo? Adquirir ese tipo de *status* implica no volver al país de uno por lo menos durante cinco años.

No sé cuántos somos, no encuentro estadísticas; solo sé que el miedo nos sacó. Aquí nos encontramos siendo asilados, refugiados, trabajadores profesionales o trabajadores inmigrantes, desempeñando cualquier oficio para sobrevivir. Todos tratando de contar una historia diferente, tratando de burlar al destino, de poder encontrar respeto, pero algo cala aún más profundo en la distancia: irónicamente aquí sí hay el tiempo suficiente para saber sobre lo que pasa allá, la tecnología nos lo permite. Allá, en el afán de contar las cosas, no hay tiempo para analizar lo que sucede. Muchos hechos y poco tiempo para pensar.

Los propios compañeros que dejamos atrás nos juzgan sin saber lo que significa esta transformación que, en la mayoría de los casos, lleva a la lucidez. Es tal el sentimiento negativo que representantes del gobierno se han atrevido a afirmar que los asilados y refugiados colombianos son unos apátridas. ¡No hay derecho! Mientras exista la guerra siempre habrá un periodista que hará surgir la verdad, y es justamente la verdad la que nos hará seguir huyendo.

Al leer atentamente este escrito usted podrá deducir que los hechos narrados forman parte de la historia de un país donde vivir en el exilio no es solo cuestión de abandonar la tierra, más que eso, es cuestión de huir de uno mismo. Pero ¿es factible huir de uno mismo cuando uno es lo único que se tiene? Y aunque el propósito del viaje, para algunos, solo se quede en ilusiones, estoy segura de que nadie puede huir de sí.

X

Y el trabajo de mis sueños se funde

Desperté ahogándome, inmóvil, atemorizada y atónita. Qué duro y demorado es despojarse de la ansiedad que atañe una pesadilla. Estoy sola, la niebla se torna demasiado nívea y el trabajo de mis sueños se funde en el espeso devenir del día. Aun así, no pierdo la esperanza de encontrarlo. Tres meses son sinónimo de eternidad cuando hasta el tiempo pasa a ser legal o ilegal.

Alexa se preocupa y me acompaña mientras trato de localizar a los contactos que me recomendaron mis amigos. Ella me da ánimo y me pide paciencia. Pensé que mi trabajo en el “*Night Club*” sería temporal. Las propinas han sido buenas, pero en realidad eso no fue lo que vine a buscar. He indagado en la web, en los diarios, en el chat, he hecho varias llamadas telefónicas y todo ha sido en vano. Entre tantas opciones laborales parece no haber ninguna, excepto una un tanto insólita que encontré en un anuncio de un periódico hispano: SE NECESITAN ESCRITORES, REDACTORES, EDITORES Y PERIODISTAS HISPANOS. Tengo el recorte en mi billetera. Si regreso, lo ampliaré y enmarcaré, allá sería toda una novedad. Es algo tan raro para mí que aún me niego a creer que sea verdad.

Varios de mis amigos me dijeron que hablara con John, un colega periodista que ahora es Cónsul General de Colombia aquí. De casualidad me lo encontré en el bazar colombiano. Más que jefe de prensa en la Casa de Nariño fue un soldado incondicional, feroz guardián, hacedor y cumplidor de los preceptos del patriarca; hoy disfruta las recompensas del poder, la gracia de ser diplomático en esta ciudad. Para mi mala fortuna, mi rostro no le fue familiar. Le ayudé a hacer memoria, a recordar aquella campaña presidencial en la que nos cruzamos, en la que a pesar de la presión le concedí varios espacios, ¡memoria!, ¡memoria! Al final, con mucha astucia, advirtió ofrecerme un par de consejos:

—Mira, yo veo que tienes dos opciones viables: conseguir que alguna empresa te sirva de patrocinador para obtener la visa de trabajo o pedir el asilo político, así están casi todos los periodistas colombianos aquí.

El tono de su voz mató la conversación. Para mí el asilo es impensable; eso significa no ver a mi gente por varios años, eso no está en mis planes. Encontrar una empresa patrocinadora sería lo ideal. Seguimos en las mismas.

XI

No tenía a nadie

Alexandra nos presentó y se fue apurada. Parecíamos dos amigas que se encuentran después de muchos años. Aquel acento cachaco restauró por un momento el cuadro de mi vida. Gloria me inspiró confianza. Ella maneja las ventas de un pequeño periódico hispano y mi prima está empeñada en que tal vez ahí puede haber una oportunidad como periodista. Nuestras palabras no cesaban de tropezarse en medio de una maratón. Nuestras vidas navegaron cristalinas y turbias.

—Ya es tarde. Acompáñame, tengo que pasar a recoger a mi bebé. Yo te llevo después, hasta las siete me lo cuidan.

—¿Tienes un bebé? —le pregunté.

—¡Tengo tres! Uno de veinte, una de catorce y mi bomboncito de un añito —sonrió al pronunciar esas palabras—. Acompáñame y los conoces. Yo te llevo después.

En cuestión de minutos estuvimos en casa de la niñera. Una señora mexicana, un tanto malhumorada y vieja. Me causó sorpresa ver con qué cariño y afecto Gloria se preocupaba por aquel bebé. En el recorrido dejó que su vida corriera libre a través de sus palabras, las cuales transcribo aquí:

—Mi vida, en sí, ha sido un complicado rompecabezas. Llegué a Estados Unidos hace cuatro años, huyendo de la muerte y sus cenizas. Yo trabajaba como gerente de una compañía telefónica en Bogotá cuando decidí rehacer mis sueños nuevamente y volver con mi primer esposo. Le di una segunda oportunidad. Él nos prometió que todo sería diferente en Holanda. Habíamos atravesado por una larga separación, pero él me convenció y entonces acepté renunciar a mi empleo e irme con él a vivir a Ámsterdam. Fue un tiempo corto pero lleno de gratos recuerdos, excepto por los sustos que tuve que pasar debido a graves amenazas. A él le estaba yendo muy bien económicamente, pero, así mismo, se incrementaron los riesgos y las amenazas provenientes de sus negocios ilegales. La policía holandesa lo detuvo y lo deportó. Inmediatamente regresamos a Bogotá y, al llegar, lo asesinaron. Con toda esa tristeza no tuve otra salida que huir para Estados Unidos con lo único que tenía, mi hijo, y abandonar nuestros bienes en manos del gobierno y de la avaricia de la familia de él. Lo perdí todo. Nuestra vida también corría peligro allí.

Aunque en realidad solo el muchacho de veinte años es mío, estoy dispuesta a luchar por los otros dos. Pensar en una inevitable y pronta separación duele.

La mamá de los niños es una vecina colombiana. Un día llegó la policía y se la llevó. Yo era como su hermana en este país. Me suplicó que no abandonara a sus hijos, ella no tenía a nadie y alguien debía hacerse responsable de ellos. La familia en Colombia no quiso asumir la responsabilidad de unos niños que en realidad no conocen. No los culpo. Son gente muy pobre, de un pueblo en el Chocó. Hubieras visto el rostro de la niña empapado en lágrimas suplicándome que por favor no la dejara deportar. La niña llegó aquí cuando apenas tenía cuatro añitos. ¡Su vida está aquí! Solo un par de fotos le quedan de Colombia y su familia. Tienen un tío en Cali, pero desde que están conmigo ni siquiera ha llamado a preguntar cómo están.

A la mamá de los niños no la han sentenciado aún, pero eso va para largo porque en el apartamento le encontraron gran cantidad de droga. Yo creo que por ahí unos tres años más. Pero, tan pronto salga, lo más probable es que la deporten. Ella no tiene papeles, se entró por el hueco. Yo los he llevado a que la visiten. Está en una cárcel que queda a dos horas de aquí. Es muy deprimente, sufro también con ellos.

La gente me reprocha el haberme echado encima esta responsabilidad. Dicen que estoy loca, pero siento una inmensa satisfacción, es como hacer una gran obra. Además, lo hago con amor que es lo importante, les tengo mucho cariño. Con la nueva pareja que tengo aquí queríamos tener un bebé, pero no pudimos, entonces asumimos que este gordito es nuestro y ¡ya! Eso sí, me toca trabajar el doble, porque tengo que comprar la leche, los pañales, pagarle a doña Tere, la niñera, comprarle a la niña todas sus cositas.

Gracias a Dios ya logré arreglar mis papeles. El abogado me cobró un montón de dinero, pero fue efectivo y logré obtener el asilo político. Tuve que probar que mi vida y la de mi hijo corrían peligro en Colombia.

Acomodarse a este lugar no es fácil. Durante el primer año sufres, te dan ganas de volver, sientes que estás perdiendo el tiempo, pero luego te vas adaptando. Todo es cuestión de acostumbrarse. Nosotros vivimos como si estuviéramos en Colombia, aquí hay todo lo que se extraña de allá, hasta la gente.

Yo creo que tú debes aplicar para obtener el asilo. Se demora, pero es lo más viable para conseguir tus papeles. ¿Tienes cómo pedir a Colombia certificados de trabajo o pruebas de que tu vida corre peligro allá? Diles que te envíen la documentación lo más pronto posible. Te voy a dar los datos del colombiano que me contactó con el abogado. Mientras tanto, trabajas con nosotros en el periódico. Las ventas no son sencillas, pero siendo constante uno la hace. La mayor parte de la comunidad latina no sabe hablar inglés, entonces buscan información en español. El periódico no es muy grande, pero se vende bien. Los negocios de los latinos están creciendo. A la gente le interesa ver dónde están las oportunidades para conseguir dinero. A eso vinieron.

Como vendedora de publicidad para el periódico... me quedé atónita y fijé mis ojos en los de Gloria por un segundo. Recordé que lo importante es empezar. Este es otro mundo.

XII

A pesar del desconcierto continué ahí

Cinco centímetros lo separaban del piso. Gloria nos presentó. Era el director del periódico. Vestía zapatos de charol y pantalones blancos, camisa satinada con fondo amarillo y estampado floral. Los tres botones superiores abiertos dejaban a la vista un espacio selvático desde donde sobresalían dos grandes masas de oro retorcido que pendían de su cuello y se duplicaban en la muñeca y en los dedos de la mano derecha. Un descomunal Rolex sostenía su mano izquierda. Al verme, la morbosidad se hizo evidente en su rostro. Los dos quedamos pasmados, aunque aquella actitud no nos duró demasiado.

Él abandonó su mirada sobre mi cuerpo, luego optó por actuar como si no hubiese escuchado el discurso aquel que contaba mi recorrido profesional en las artes del periodismo colombiano. Quise retroceder el tiempo. Ser lo que fui, estar con los que son, pero entonces era demasiado tarde. Me pareció que aquella figura era simplemente una caricatura. A pesar del desconcierto, continué ahí; el suave aroma del café colombiano me mantuvo en pie.

—¿Y eso qué hace *usté po'acá*? ¿Y qué tal su inglés? *Entre pa'allá* donde están todas las máquinas. ¿*Ya vido* mi periódico? ¡Esto es una empresa en grande!, nos ha *costao'* mucho sacrificio sacarlo adelante y ahí va. *Orita* ya tenemos cobertura en toda la *ciuda'*. Ole Gloria, esta paisanita suya le puede ayudar a *usté* a vender el periódico. En ese momento apoyó su brazo derecho sobre mi espalda y con la otra mano agitó el pesado aire para acercarla a nuestra conversación.

—Ella es nuestra directora de ventas —continuó—, tal vez *por'ay usté* puede comenzar. Eso aquí empezar es duro. ¡Toca que le eche muchas ganas, *mijita!*

Entre tanto, recorriamos “las instalaciones”. En primer plano está el escritorio de María, la secretaria; a su derecha, la oficina del “director”. Sobre el escritorio color madera, dos magazines sociales y una pequeña bandera colombiana. Al respaldo, una pintura de Botero que amenaza con explotar en cualquier momento. Hacia el fondo está la sala de ventas, más o menos amplia, con poca luz y muchos aparatos telefónicos. Allí permanecen dos mujeres mexicanas cuyos rostros, fundidos con el auricular, me dieron una cariñosa bienvenida. Al fondo, una pequeñísima estancia con cuatro computadores y una impresora, desde donde se diseña el tabloide. Ahí estaba

concentrada la diseñadora, publicista, periodista e ingeniera de sistemas: la mujer orquesta con lentes, baja estatura y una sonrisa plateada.

—Bienvenida, me caen muy bien los colombianos, son muy buenas gentes —me dijo.

—Diez mil unidades semanales se reparten por toda la ciudad —continuó con su discurso la caricatura.

—Bueno, y ¿aquí quién escribe? ¿Quién se ocupa de todas las secciones? —añadí a su monólogo.

—¡María! Ella se ocupa de las entrevistas y de las noticias locales, lo demás se baja de internet; aquí todos hacen un poquito de todo. Por aquí estuvo un periodista y hasta llegó a creerse el dueño del negocio. Tocó sacarlo a patadas a ese hijueputa. Le pagué hasta la risa y entonces salí a deberle. De pronto hasta *usté* lo conoce. Es allá de Bogotá—. (Preferí, por el momento, no indagar más sobre el asunto en cuestión).

Volví mi rostro hacia María y ella, sonriente, nos miró con ojos de importancia y destreza. Pero, al hombre no lo paraba nadie; habló y habló.

—A veces mi hija Johana hace uno que otro artículo. Lo que pasa es que a ella sí nos toca ayudarle, porque nació aquí y casi no sabe escribir bien el español, entonces toca colaborarle, y aunque a nadie le importa si está bien escrito, viera cómo escribe de bonito y eso adora Colombia; dice que ella es colombiana, no le gusta decir que nació aquí. *Horita* viene mi esposa *pa'que* la conozca. Ella también es del pueblo.

Gloria observaba mi rostro cada vez que el director se dirigía a mí. Cruzamos las miradas cientos de veces, hablábamos el mismo idioma. Esperé con ansias este momento para que en cinco minutos todas mis expectativas se desvanecieran. Parece broma, pero mi sueño comienza a esfumarse.

XIII

En mi país el miedo tiene rostro

—*¿Where is the fucking money? ¿Where are the fucking drugs? ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está la droga?*

Me despertaron los gritos. Entraron dando tumbos y venían en compañía de Alexandra. Su actitud no objetó nada, simplemente les dijo con voz pausada:

—A ella no le hagan nada. Ella no tiene nada que ver. *She is my roommate, ¡that's it!*

Yo estaba hirviendo en fiebre. Desde hacía dos días una monstruosa gripa se había apoderado de mí en cuerpo y alma, y por un eterno instante sentí que estaba alucinando. Imágenes difusas estaban frente a mí; repasé mis ojos con mis manos y, tras un impulso repentino que fijó mi mirada en ellos, me encontré de cara a unos cuerpos inmensos. Me pidieron que saliera del cuarto, que esperara en la sala. Vestían ropas casuales y llegué a pensar que se trataba de un asalto.

Alexandra posó su mirada sobre mi rostro, dibujando resistencia y entereza. Una tormenta de arena invadió mi pensamiento, mil conjeturas en medio de una oscuridad absurda... mi respiración se tornó temblorosa. Era medio día.

En aquel desconcierto reviví mi pasado: cientos de imágenes volvían a mi mente, no era la primera vez que me enfrentaba a situaciones como esta, pero el miedo sí seguía siendo el mismo. En mi país, el miedo tiene rostro; aquí vive camuflado, lo siento hasta en el aire que respiro; allá sabía de quién huir, aquí todo son sombras. Sentí ganas de desaparecer, pero la imposibilidad de hacerlo me consumía, el pánico se apoderó de mis pies. Quise dejar mi cuerpo para poder correr.

Revolcaron todo, cuarto por cuarto, rincón por rincón, mientras seguían gritando. El sonido de los objetos hacía eco en mí. Palabras y objetos se convertían en truenos. En el cuarto de Alexandra un fuerte rugido confirmó las sospechas: un par de paquetes de dólares apareció. No sé cuántos fueron, pero sí sé que fueron los suficientes para corroborar la duda. Ella se fue con ellos.

—No te preocupes por mí. No le avises a nadie por favor, por favor —me suplicó al salir.

Se fueron y un mutismo absoluto invadió hasta mis hojas. Al cabo de dos horas regresó solitaria.

—Usted no se me preocupe por nada. No pasó nada. Vinieron porque me han estado investigando y alguien les tuvo que decir que yo tenía dinero escondido. Yo estaba caminando cuando de repente se me acercó uno de esos tombo, me dijo que era policía, me mostró la placa y me pidió que lo acompañara. Me interrogaron. Me preguntaron si conocía a unas personas, yo les confirmé y luego vinieron aquí e hicieron la requisa. No me pueden probar nada. Ellos se llevaron el dinero. ¡Y se lo robaron! Eran sólo diez mil dólares. ¿Qué no puedes tener diez mil dólares en tu casa? ¿Acaso tienes que pedir permiso para tener amigos? ¿Acaso tú sabes a qué se dedican tus amigos? ¡A mí no me pueden probar nada!

—¿Por qué no vas a denunciarlos? —añadí.

—Son policías. Ellos saben lo que buscan. Lo malo es que ese dinero no es mío.

XIV

Esa memoria que es la loca del pueblo

Hoy hablé con mi madre. Me duele su nostalgia. ¿Acaso no fue ella la que más me dio ánimo para emprender este viaje? Hoy comparó mi ausencia con la muerte de mi padre.

—El que se va es como el que se muere —me dijo.

—¡Mamita, yo estoy viva! No estés triste que yo estoy bien. Solo que ustedes me hacen mucha falta.

—Hoy se cumplen veinte años de la muerte de tu papá. Eso me tiene tan acongojada y me hace decir bobadas, *mija*.

—Mamita, no pienses en eso. El que se fue, se fue y ya. Lo importante es que estamos bien. Yo estoy aprendiendo cosas nuevas, intentado alcanzar nuevas metas, conociendo el mundo, por fin estoy aprendiendo a hablar inglés. Estoy en contacto con otras culturas. ¡Es interesante, mami! Nada es fácil y tú más que nadie lo sabes.

La culpa es mía por quejarme tanto. Siempre que hablo con ella me deshago en llanto. La extraño tanto, extraño mi mundo; al fin y al cabo, el vacío de mi padre se vino conmigo. Últimamente también lo he recordado, inexplicablemente ha recobrado espacio en mi memoria, esa memoria que es la loca del pueblo.

Uno no sabe cuándo va a aparecer frente a la puerta. Vive siempre ocupada recabando datos para poder encontrar la respuesta a su locura, pero entre tantos datos ella se pierde. Cuando alguien la escucha, el sonido de sus lamentos es tan fuerte que pocos son los que logran captar sus palabras. Y es que la memoria grita muy duro, por eso la mayoría de gente aquí y allá prefiere no escucharla; algunos, para sobrevivir, optan por creer que ella no existe, que es tan solo una sombra. Otros aprenden a domarla y, cuando se asoma a la ventana, la calman con un plato de lechona o un tamal.

De mi padre tengo imágenes difusas, mi madre se encargó de que nosotras no sufriéramos por eso. Dice que mi padre la preparó para ese momento. Recuerdo que era uno de aquellos días opacos en los que usualmente me entretenía con mis juegos, cuando, de repente, escuché repicar fuertemente en la puerta; la empleada corrió rápidamente a ver quién era, resultó ser un hombre con un mensaje aterrador: mi padre acababa de ser asesinado en la Calle Caliente. Yo escuché. Sin

pensarlo dos veces comencé a correr rápidamente hacia donde él estaba, con toda mi energía atravesé el parque y ahí estaba él sobre el pozo de sangre. Todo era confusión en la escena del crimen. Yo me hice invisible, no sentía mis piernas. Pronto llegó mi madre, lo tomó por el cuello, lo aprisionó y maldijo al mundo.

XV

Fue entonces cuando encontré exilio

Su mirada morbosa me repugnó. Tomé su pedido mientras profería una serie de palabras sin significado aparente para mí. Insistió en que yo también ordenara alguna bebida y que a mi regreso me sentara a su lado.

—*Don't be worry!* ¿Dónde está la sonrisa que te caracteriza, *honney*? A él atiéndelo muy bien. Ha pedido que seas tú quien le sirva a la mesa —me señaló el gerente del club.

—*He's very important* para nuestro *business*. *So, hurry up*.

No supe cómo reaccionar ante el acoso y terminé corriendo hacia Mónica. Mi sombra sumergida entre las cortinas rojas, como una gran ola se abrió campo por el borde del escenario principal para encontrarla. Caminé, sintiéndome presa de una trampa urdida para envolverme en un mundo donde el dinero es el único fin y donde mi cuerpo sería el medio para alcanzarlo.

Discretamente le pedí que reconociera al tipo que requería atención especial. Su mirada reaccionó al ritmo de mis preguntas. Voló por entre los rayos de luz y las nubes de humo que circulaban, lado a lado, el espacio que nos separaba. Es el jefe de la policía local.

El hombre disfrazado de civil, de manos grandes, pelo corto, vientre abultado, ojos desorbitados, nariz puntiaguda, sonrisa irritante y lengua ondulada y vulgar se convertía, cada mes, en el invitado especial del lugar. En esta ocasión era mi deber hacer que se sintiera como en su casa.

Creí que el único avance alcanzado en mi nueva vida era haber experimentado un sinnúmero de visiones pornográficas y mutaciones estomacales que hoy me tienen al borde de la gastritis, la depresión y la nostalgia. Quizá me hubiese convenido decir que estaba enferma. En medio de aquella sensación de temor me llené de valor, aunque esto no significó sustraer mi cuerpo de una serie de sensaciones sofocantes y nauseabundas. Me senté junto a él.

El susurro de sus palabras adulteradas se mezcló con la música y aquella disonancia traspasó el tiempo. Fue entonces cuando encontré exilio en los terrenos más inhóspitos de mi conciencia: Nunca hubo un trato explícito, pero a cambio obtenía información valiosa. ¿Qué?

¿Acaso no es lo mismo? Allá ganabas “noticias exclusivas”. Aquí obtienes dinero. Allá era un coronel del ejército, aquí es el jefe de la policía. En el fondo, ¿acaso no es lo mismo?

—¡Es un cuestionamiento absurdo! ¡Él me amaba! ¿Llamas absurdo usar las armas para alcanzar el poder? ¿Llamas amor a leer entre sábanas sangrientas? ¡Era la guerra! No un estilo de vida. Fuiste tú misma quién lo buscó. Con tu cara y tu cuerpo te encumbraste. Aun así, ni siquiera sabrás quién es ese juglar. Siempre ha sido de noche en tus sueños periodísticos. ¿Acaso, alguna vez te quedó tiempo de buscar el camino hacia el día? Huyes, quizá, para no verte a ti misma. ¡Sí! ¡Esa eras tú! Y ahora esa que está ahí también eres tú. Allá en Colombia buscaste fama y la encontraste. ¿O acaso creíste que la ilusión que contabas era real? Aquí, justo aquí y ahora buscas dinero. ¡Lo has conseguido! Lástima que esa que crees ser, nunca ha sido. Siempre has querido ver la película completa. ¿Acaso alguna vez la has comprendido?

Desperté abrazando mis piernas; encogida; con la espalda redonda y mi cabeza caída. Todo esto es causa de la lucidez que produce el licor en los abstemios.

XVI

Delirio de persecución

En un comienzo creí que se trataba de un simple delirio, pues ella misma hablaba de las manías que desarrollan las personas que aquí viven. Luego, aquella obsesión de sentirse perseguida fue moldeándose hasta hacerse palpable ante mis ojos. Fue entonces cuando comencé a ser fiel testigo del desarrollo de una serie de trabajos que demandan la conducta repetitiva de esfumarse.

—¿Cuál es el visaje de ese *hijoeputa* que viene atrás?

Mientras conduce, Alexandra no deja de ver el espejo retrovisor. Creo que con la práctica sus ojos han adquirido la habilidad de manejar distintos planos a un mismo tiempo. Sus pies se funden con el volante para responder aceleradamente cuando ella lo cree necesario. Sus rasgos delicados se tornan tan violentos que envenenan hasta el aire más frío.

Ella es una de esas mujeres que no pasan desapercibidas así se tapen hasta el apellido. Se mueve con cierta agilidad, prodigando sensualidad a cada paso. El ritmo de su piel trigueña resalta las curvas de su cuerpo. Sus grandes ojos negros tienen la capacidad de dominar cualquier escenario. Su extensa cabellera marca la sinfonía uniforme de la oscuridad con que maneja sus emociones, y su perfume angelical no es más que un placebo de efecto efímero.

—Mira, con disimulo —me dijo—. Ese carro negro que viene siguiéndonos, lo traigo pegado al culo desde que salimos del *mall*. ¿Se te perdió una igualita o qué? —gritó mientras manos y cuello se contorsionaban al ritmo de la cólera.

—¡Yo creo que sí! —le contesté la primera vez, en tanto me fue imposible contener la risa.

—Así pareces una *femme fatale*, tal vez ese tipo sea un productor de Hollywood en búsqueda de una mujer fatal. —Ella simplemente sonrió.

Confieso que en un comienzo aquella actitud me era risible, pero cuando los policías le robaron el dinero que tenía oculto en la casa me di cuenta de que aquel delirio de persecución tiene un misterio oculto.

He tratado de indagar por mis propios medios qué hay detrás de aquella condición repetitiva, pero hasta el momento lo único que encuentro son actitudes que, como esta, se convierten en una constante. ¿Acaso hay aquí un monstruo invisible que persigue a la gente hasta

enloquecerla? Las sombras no son las únicas que se sienten perseguidas. Es un mal colectivo que se apodera lentamente de todos. Aunque, en el caso de mi prima queda algo claro: hay algo más que un simple trastorno.

En cuanto a mí, confieso que es distinto. Ayer, mientras todos corrían despavoridos buscando una salida ante falsas amenazas de bomba en mi escuela de inglés, mi propia actitud me sorprendió. Mis piernas se deslizaron en medio del pánico de la gente sin que el apuro lograra entorpecer mi huida. La única amenaza que en verdad temo es continuar sintiendo esta nostalgia por un mundo que dejé atrás.

El estar en lugares cerrados, como ahora, se convierte en un detonante de mi pensamiento. Eso me intranquiliza. Es aquí, bajo techo, cuando no solamente experimento huidas, sino también encuentros conmigo misma, reflexiono y me sorprendo con mis propias reacciones. El simple hecho de hallarme aquí y tener ánimo para levantarme en la mañana y comenzar de nuevo la búsqueda de ese espejismo que me trajo, me impresiona. ¿Hasta dónde he llegado y hasta dónde pienso llegar? No voy a descansar hasta encontrar el oasis del que tuve noticia. Todo lo que he vivido en esta nueva tierra me mortifica. ¿Acaso me cansé de vivir con tranquilidad en medio de la violencia que informaba día a día? Destapar las letrinas no era mi oficio, pero era inevitable respirar ese olor nauseabundo. ¿Me liberé de eso? ¡Es mi culpa! ¡Yo escogí este camino y ahora tengo que andarlo!

XVII

Comencé a hilar ideas

Al enterarme, sufrí un estremecimiento amargo por no haberle advertido. Cuando ella me previno, en una de esas viejas noches en el bar, pensé que las acusaciones, revestidas de palabras escuetas, podían tener cierto sentido frívolo o discriminatorio. ¿Cómo saber que la voz de Mónica era certera? Aun siguiendo la postura comprimida de su ceño, la dilatación de sus ojos y el despliegue semicircular de sus labios que reiteraban lo dicho con la cadencia de su rostro. No di fe a su discurso.

—Ese tronco de negro que está allá es de Buenaventura. Anda arrastrándole el ala a Alexandra. Aquí entre nos, es mejor que tu prima se aleje de él. Ese negrito anda envuelto en vainas raras. No demoran en echarle mano. ¡Ajá! Tú sabes, uno escucha todo. ¡Hay que tener cuidado! “Vienen por Juan y se llevan a Pedro”. Mira, yo llevo en este país diez años y he visto que mucha de esa gente anda en problemas, andan metidos en tremendos líos, poniendo pereque y, como pasan desapercibidos porque la policía los confunde con los de acá, andan como “Pedro por su casa”.

Continuó hablando de los pormenores que rodean aquí a los “niches” y concluyó, con una advertencia, que parece verso de disco rayado:

—Mucho cuidado con darle confianza a los paisanos. Eche, caras vemos corazones no sabemos.

Esas palabras inmediatamente me recordaron el viciado olor que navega en el puerto de Buenaventura. Las calles del centro, la buena salsa, la brisa del mar que lucha por ser escuchada en el interior del país, la alegría de su gente como placebo para no ver morir su amor por la patria, su abandono. ¿Cómo no huir? Subirse al primer barco que pase llevándose consigo alegría y quimera; la combinación perfecta para no desfallecer. Por primera vez pensé como el “negro”, el amigo de Alexandra, ¿cómo no salir a buscar nuevos vientos, donde al fin y al cabo se pasa desapercibido como en el país de uno?

Ahora mismo acaba de llamar Mónica. Del otro lado del teléfono llegaba un sonido alterado; decía haber visto, esta misma noche, a varios tipos saliendo de un automóvil para luego

abordar la camioneta del negro y emprender camino. Afirmó que le pareció ver que alguno sostenía firmemente un revolver apuntándoles. “Quizá se los llevó la ley”, me dijo.

Conservo la esperanza de que todo sea producto de su imaginación. Otra vez la policía. No es posible. Tuve que amarrar mis palabras y usarlas solo para mí: ¡Qué costumbre tan maluca esa de andar desconfiando de todo el mundo! ¡Ahí estamos pintados los colombianos, siempre dudando de todo!

—¡Estaban juntos! ¡Yo sé que estaban juntos! Él salió con ella de aquí, yo los vi, —continuaba Mónica del otro lado del auricular—. De todas maneras, hay que esperar a que aparezca para que nos cuente.

Comencé a hilar ideas. Le he preguntado, mil veces, de quién es el dinero que se llevaron, pero siempre sale con evasivas. Efectivamente, yo escuché cuando ella llamó al *negro* para decirle que se veían esta noche. Pero, también sé que ella aceptó simplemente por cortesía; él debe sospecharlo, sin embargo, no se cansa de llamarla, de perseguirla, de buscarla.

—Tengo que llamar a Alexandra al celular. Le contesté, para concluir la conversación.

La desconfianza hacia el mundo me está volviendo loca. ¿Serán los mismos que se llevaron el dinero?

—Dime tú, ¿Qué es esa vaina de andar con ese negro de Buenaventura? Como si Alexandra no supiera a qué se dedica él aquí.

—¡Ok! ¡ok! Si sé algo, te cuento —concluí.

No me acostumbro. Mis lágrimas rompen sus cristales para escapar; nunca habían roto tantos. No me acostumbro. La palabra y su soledad me acompañan cuando la noche se hace cada vez más densa. No me acostumbro.

Habiendo finalizado las anteriores líneas, siendo las 12:23 minutos de la eterna noche, ha aparecido Alexandra. El semblante de sus ojos y la serenidad de sus palabras hablan de una tranquilidad imperturbable.

—Estaba preocupada por ti —le dije tan pronto cruzó la puerta—. Mónica me contó que andabas con el negro cuando un escuadrón de policías los alcanzó y se los llevó.

—¿Qué?! Estábamos con unos amigos. ¡No seas dramática, primita! Dile, por favor, que deje de andar montando películas.

XVIII

No tengo a dónde ir

Traía los brazos entrecruzados, comprimiendo una bolsa plástica contra su cuerpo. Una intensa lluvia. Sus rizos dejaban caer gotas de dolor y arrepentimiento.

Su mirada se desvaneció después de pronunciar cinco palabras: “No tengo a donde ir”. Aquella fuerte mujer se veía reducida una vez más por los improperios de su esposo. Alexa y yo tratamos de limpiar sus heridas. Le habían llegado al alma.

—Eche, han pasado cinco años, ya no me asusta. Lo único que quiero es recuperar mi libertad.

Hablamos, sin parar, hasta el alba. Anduvimos recorriendo caminos de alegría y de tristeza. Al final, terminamos riendo a carcajadas.

Del carnaval de Barranquilla solo me queda el recuerdo de mi cuerpo danzando al son de los tambores entre la multitud. Bailar te hace gozar la vida. Barranquilla es una berraquera ¡Es puro carnaval!

—¿No has pensado en volver? —le pregunté.

—¿A qué? La gente ya no es la misma. Cuando voy, me siento como extraña. La mayoría de mis amigas se han ido. Aunque yo sigo extrañando todo, los días especiales, la frescura de la gente, el olor de la guayaba, el perfume de las flores, ¡la brisa!, esa brisa barranquillera que huele a hilán hilán, hermosas flores amarillas que se alborotan con el viento para extender sus aromas. Esa es otra historia.

—Esa es otra Colombia —agregué.

—Yo venía mentalizada, sabía que nada iba a ser fácil, pero aquí se va haciendo uno fuerte y pues *pa' tras* ni *pa' cojer* impulso. Uno allá en Barranquilla sueña con venirse a vivir aquí. No sé por qué —continuó—. A Colombia ya no regreso a vivir.

—Se van a reír ustedes de mí, —les advertí—. Pero yo extraño las montañas. No verlas diariamente hace que me falte oxígeno, me cuesta trabajo respirar.

Con una mano sosteniendo su rostro, nos respondió Alexandra:

—¿Qué les puedo decir yo al respecto?

—Te la has pasado yendo y viniendo —dijo Mónica.

—Colombia y yo tenemos una extraña relación —continuó Alexa, dejando libre su rostro

—. Es como una de esas relaciones enfermizas, en que vuelves y luego te separas y así sucesivamente. Estoy aquí por un tiempo y luego mando todo al carajo; me largo *pa'l* pueblo, y todo comienza bien, pero ocurre algo que me hace nuevamente agarrar maletas y tomar el camino de vuelta. Ha sido una historia de nunca acabar.

De repente, Mónica sacó el pasaporte azul de la bolsa. Lo abrió. Dentro de sus hojas guardaba los datos de un italiano que había conocido en el club. Alexa se lo había presentado.

—¿Te trae loca el italiano, cierto? —le sonrió Alexa—. ¿Cómo se llama? ¿Piero?

—Sí. ¿Sabías que conoce Colombia y habla un sofisticado español con acento argentino?

—Sí, y es productor de cine. ¿Te contó?

—Sí, quiere que actúe en un par de películas; a estas alturas voy a aceptar. Se ha portado muy caballero conmigo. Voy a llamarlo y le voy a avisar que al club ya no puedo volver por obvias razones -afirmó Mónica.

—Tú decides, a mí el tipo me parece buena gente; además, está obsesionado contigo.

XIX

O nos vamos o nos matan

Al llegar a esta ciudad traté de contactar al tío, pero en su agenda no hubo oportunidad, amén de la distancia que nos separaba. Alexandra ni siquiera lo nombra. Ayer, cuando por fin llamé, confieso que la emoción me invadió y hasta borró, por un tiempo, mi angustia.

La dicha y los nervios me tenían exaltada. Llegué temprano a la cita. Mientras lo esperaba, recordé, una y otra vez, las únicas referencias tuyas en voz de mi madre, mientras las cuerdas de la guitarra colombiana perfumaban aquel ambiente que se apoderaba de mí:

—La gente cambia mucho cuando se aleja de su tierra. Ni una sola llamada desde que tu papá murió. Hace muchos años venía continuamente, invitado por la Federación Nacional de Cafeteros; andaba con escoltas y con mil compromisos, como un político. Al único hermano que llamaba a saludar era a tu papá. Él comprendía su forma de actuar: “Tenés que tener en cuenta que el americano es muy frío, él se americanizó”, decía tu padre.

Aun así, la arquitectura y la decoración del restaurante me permitieron vislumbrar que el tío tenía memoria. Gruesos muros, enmarcados en un portón de roble, dan la bienvenida e invitan a pasar a través de un largo zaguán de paredes blancas que, fundidas con un zócalo rojo, se deslizan para alcanzar varios salones que rodean el patio. El suelo es un mosaico blanco, decorado con finas líneas verdes y rojas, que se iluminan con el agua que cae, como lluvia de abril, sobre la pila de piedra; allí, el techo se extiende alto y oscuro. Alrededor, grandes materas llenas de un verde intenso, quizá artificial, se regocijan en medio de inmensos ventanales caoba.

Poseída, repasaba rincones finamente decorados con arte popular, cerámicas precolombinas, cuadros religiosos, patricios y candelabros que luchan por mantenerse vivos ante la anunciada penumbra.

El tío Saúl se presentó puntual. Moría de ganas por conocerlo. Él es el único hermano vivo de mi padre; un hombre alrededor del cual la familia ha tejido historias de progreso y olvido. Guardaba la esperanza de que, tal vez, podría ofrecerme algún tipo de ayuda.

La luz incandescente de la entrada delineó su cuerpo alto y erguido. La boina limpió de su rostro los años. Pequeñas oleadas de viento se colaban entre las rendijas de los ventanales que

surtían un resultado emancipador en el ambiente. El Restaurante *San Alejo* daba la más grata bienvenida a nuestro encuentro.

—¡Ave María!, es que sos igualita a mi madre. ¡Qué vaina tan jodida esa de la genética! Andá pues, dame un abrazo. ¿Y qué carajos te trajo por estos rumbos princesa?

— “El sonido de las sirenas”, el son de una ilusión por ahora perdida-. Respondí mientras mis labios dejaban escapar una sencilla sonrisa.

—Vos hablás como pura cachaca, no tenés ni un poquito de acento paisa.

Se ubicó en la mesa de tal manera que sus ojos pudieran tener acceso al recinto y continuó:

—No es bueno darle la espalda a la gente.

Después de hacer las típicas reminiscencias de los mayores sobre la relación: “tiempo, infancia y juventud”, cruzó sus brazos, inclinó su cuerpo hacia atrás, fijó su mirada sobre mi rostro e inició un pequeño interrogatorio: ¿Cuándo llegaste? ¿Por qué te viniste? ¿En qué estás trabajando? Mis palabras se desbocaron mientras mi respiración naufragaba. Las palabras del tío frenaron la estampida:

—Aquí hay que luchar como fieras. Como fieras. Así nos toca a todos.

Ordenamos y degustamos el sabor de Colombia, a la luz de su voz, que se extendió melancólica hasta lo más profundo de sus raíces.

Allá nada ha cambiado desde que me vine, la situación ha empeorado. Décadas leyendo la prensa y las noticias siguen siendo las mismas.

—¿Por qué te apartaste de la familia? —le dije.

—Cada uno tomó su rumbo *mija*. Cada cual tiene su manera de “salir adelante”. A nosotros nos pasó lo que le está pasando a mucha gente allá ahora. Vos que sos periodista debes saber. Desplazan a la gente para robarles las tierras y ¿qué hace uno? Llegar a la ciudad a aguantar física hambre.

—Yo creo que hoy día es peor —le dije—, porque ahora los causantes del desplazamiento son muchos: paramilitares, guerrilla, narcotráfico, grupos de delincuencia común, terratenientes, organismos del Estado, DAS, Policía, militares; ya no se sabe quién es quién. Varias veces tuve

que trasladarme a la zona de distensión a cubrir encuentros con la guerrilla, diálogos de paz, enfrentamientos en plena montaña. Lo peor de todo es que eso se convierte en parte de la vida cotidiana, tanto para uno como para el espectador. Son miles los desplazados y siempre la misma historia: “O nos vamos o nos matan”.

—En mi época, los que manejaban eso eran los gamonales del pueblo. Para quitarles las tierras a los cachiporros, el mismo gobierno contrataba a los chulavitas, policías de un pueblo conservador de Boyacá que tenía fama de engendrar asesinos. Les daban la orden: ¡A quebrar cachiporros!, les gritaban. Los chulavitas eran godos. Antes del 48 era más disimulada la cosa; se descaró después de la muerte de Gaitán, pero lo más grave fue en el 51 y 52, cuando se vino con fuerza esa descomposición social y económica. Los liberales de Sevilla, Caicedonia y La Paila, tuvimos que salir de huida. ¡No eran amenazas! Llegaron a matarnos y todos a correr. ¡Fue a la brava! dejamos todo, escasamente sacamos la ropita que llevábamos puesta. Salir de una bonanza y llegar a una ciudad a aguantar hambre. ¿Cómo te parece? Llegar a Bogotá a almorzar por un peso. ¡Pero lo berraco era conseguir ese peso! Piensa cómo reacciona una mente con un complejo como el que traíamos y para hacer los esfuerzos más berracos para conseguir dos centavos, que era lo que costaba el tranvía de San Francisco a Chapinero. Todos los hermanos llegamos a vivir a una casa que le prestó un amigo a mi padre, en la calle 57 con carrera 12.

—¿Mi papá salió contigo también? —le pregunté.

—Por entre un cafetal, salimos huyendo con mi papá porque la orden era empezar por el viejo. Los hermanos mayores nos mandaron primero para Armenia. A ellos les tocaba andar armados, revolver y cuchillo en mano para atender la fonda hasta que nos la quemaron y ahí sí se fregó todo. Después del 48 se acabó la moral. ¿Cuál moral va a haber después de todo eso? Cada cual defiéndose como pueda. ¡A hacer de todo para sobrevivir! Nosotros hicimos muchas pendejadas. A nosotros nos pasó lo que le pasó a un perro lanetas en la selva: ¡cazás hijueputa o te morís de hambre! Selva de piedra nos tocó. “Mate, robe, haga lo que sea por el instinto de supervivencia”, esa era la consigna, y creo que ahora allá sigue siendo igual. Cuando uno tiene un negocio, uno no piensa en hacer pendejadas; pero en esa época sin plante, pues tocaba defenderse; estaba uno predispuesto a lo que fuera. ¿Salir de Sevilla, donde teníamos una fonda grande, las finquitas con café y ganado? Vendíamos y comprábamos café, teníamos carnicería, billares, trago, era una miscelánea grande. Es lo mismo que están haciendo los paras para robarse las fincas. Se acaba el

patriotismo y se viene ese odio y ese repudio contra la politiquería y los politiqueros —murmuró apretando los dientes y dando un fuerte golpe sobre la mesa—. Menos mal, mi madre no alcanzó a ver cómo se jodió la familia.

—Para mí, la familia se jodió desde que asesinaron a mi papá.

—Ya la familia venía jodida, *mija*. A nosotros nos tocó vivir en carne propia el desastre del país.

De todos los miembros de la familia de mi padre que han continuado la huida hacia los Estados Unidos, el tío ha sido el único que logró encumbrarse. De lavaplatos logró entrar a una de las multinacionales de café, y de servir tintos llegó a ser el catador de café más importante de la compañía. El aroma y el sabor de Colombia lo persiguieron y lo abanderaron.

—¡El café es y ha sido mi mundo! Criado entre café, venía directamente de la mata y pues uno como colombiano es metelón. ¿*Sabés*? Ese instinto de metido me ayudó. ¡La lucha fue muy berraca! Yo sabía todo el proceso del café, desde la siembra hasta la comercialización. En Armenia trabajé con una de las trilladoras más reconocidas del país, Villegas Hermanos. Uno de ellos, que era amigo mío y sabía de mi trabajo, me dio una carta de recomendación en la que describían mi experiencia en el ambiente cafetalero. Pero sin hablar inglés eso, al principio, no sirvió de nada.

—Creí que a mí me iba a tocar más sencillo - le dije-. En ese periódico donde trabajo, no veo futuro. Creo que soy yo la que está desubicada, no sé, no sé, ahora más que nunca añoro mi país. Me ha dado por sentir aún más el vacío que dejó mi padre. Tú debes saber, exactamente, qué fue lo que pasó con él. ¿O fuimos nosotras las que nos alejamos de la familia o fueron ustedes? Mi mamá nunca ha sabido responderme.

—Ella se alejó para mantenerlas a ustedes protegidas de la maldición que cargaba la familia en Colombia —respondió el tío.

—Tú debes saber cuál fue el verdadero motivo de la muerte de mi padre.

—Yo ya estaba acá. Supe que fue producto de una venganza, en represalia por unos asuntos de mi hermano Carlos. El papá de Alexandra, andaba en negocios turbios.

—Parece mentira, han pasado casi veinte años y la situación en el país no ha cambiado —continuó él—. Menos mal que te viniste, la guerra allá no tiene fin. Con tu papá sosteníamos varias

conversaciones en las que siempre me reprochaba el hecho de haberme venido a este país, y mira, ahora eres tú, su propia hija. Aunque algo sí te digo, tu padre tenía razón. Este país también se jodió.

XX

Mientras el tiempo parece detenerse

Es como si lo conociera de años, como si en lugar de buscarlo él me hubiese estado esperando. Dice que es colombiano, pero nació aquí. Hablamos de todo menos del otro trabajo que tengo por estos días. No creí conveniente decirle que también soy mesera en un bar de hombres. Su voz me transporta directo hacia sus labios, mientras el tiempo parece detenerse.

No he sido la única que se ha dejado obnubilar. Apareció de pronto, sin permitirme ser tan solo testigo de aquel encuentro fatal. Ahí estaba sentado Bernardo (me pidió que le llamara Benny), tomándose un café en el depósito del periódico, con la mano en el rostro y su brazo izquierdo relajado sobre la mesa ovalada. Suspendido. Con su cara iluminada por un brillo tibio y seco. La pulsera tricolor delató su origen. Nuestras voces se besaron desde aquel momento.

Aparentemente no tenemos mucho en común, más que un mundo extrañado desde el momento en que llegué a este país. Si esta relación logra sobrevivir, prometo escribir sobre la brecha cultural que une y aísla al mismo tiempo.

No aguanté las ganas de contarle a Alexandra que estoy saliendo con alguien. Solo le escuché un: “¡Ten cuidado!”. No entiendo por qué el ser humano goza adelantando hechos funestos. Al fin de cuentas, esa exclamación le corresponde más a ella que a mí. (Hace días Mónica me confió algo sobre el novio de mi prima, no sin antes advertirme la más alta discreción. Creo que esa advertencia se debe a lo angustiosa que es su propia vida).

Hoy Benny me invitó a almorzar. Cuando salí de la escuela de inglés, ahí estaba él, muy puntual esperándome. Nos tardamos en decidir a dónde ir. Yo misma creé una batalla entre el sushi y la bandeja paisa. Dejé que él decidiera y ganó el menú criollo. La bandeja paisa es quizá el plato más popular de Colombia. ¡Y ese hablado paisa fuerte y arrastrado aquí es una melodía! Allá, la verdad, no me hacía la menor gracia. Aquí ha logrado cautivarme.

—*Eh, avemaría pues hombre, decidíte* mi amor. No sé por qué ustedes los rolos tienen esos gustos tan raros. Una bandejita paisa que eso sí es comida, *hombre*.

Paladar y olfato se fundieron y mitigaron aquella angustia que me acompañaba. Comí con mucho agrado, tal vez demasiado. Es extraño, ese sabor me recordó a mí misma.

Al despedirnos me dejé envolver en sus brazos. Guardé silencio y escuché mi voz interior que decía: Abrazame muy fuerte amor, mantenme así a tu lado.

XXI

Aprendí de memoria

He llegado a la conclusión de que este pasquín no tiene arreglo. Tuve que decírselo a Gloria:

—Los pocos espacios informativos son un verdadero fiasco.

—Baja tu voz —susurró ella, sellando su boca con el índice derecho— aquí creen que es el mejor.

—Lo mismo pensarán de los canales de televisión hispanos, ¡son el reino del amarillismo! —contesté.

—¿Y tú qué creías? —me preguntó Gloria.

—Creí que el *boom* de los medios hispanos en Estados Unidos era la oportunidad que tanto deseaba.

—Ten cuidado con lo que desees, porque lo has encontrado —dijo irónicamente.

—Sí, lo único que falta es que al director del periódico le dé por dictarme unas clases de periodismo —repliqué.

—A nosotros lo único que debe importarnos es vender la publicidad, concéntrate en eso Ángela. *Money, money*, aquí se trata de vender, ¿comprendes?

Cual robot, aprendí de memoria la presentación del “producto”, eso sí en inglés y español. “Hay que apuntar a ambos mercados”, me aclaró Gloria. En cuestión de minutos me volví “vendedora”. La sangre paisa comenzó a hervir en mis venas (y lo cachaca me permitía ser demasiado consiente de mis actos). Como por arte de magia, esta publicación se volvió, en mi discurso, la mejor, la más leída, la más efectiva, la más completa.

Gloria me escuchó, luego caminó hacia el fondo del salón, se agachó y buscó cuidadosamente dentro del archivador metálico. De allí extrajo una gruesa carpeta etiquetada: “Registro de clientes”. La arrojó en mis manos, no sin antes advertirme: Aquí hay mucho dinero *voolando*.

Fijé ciegamente en mi mente aquel punto básico que giraba en torno al objetivo de conseguir dinero para mitigar las deudas que mi madre describía concienzudamente a través de la línea telefónica. Treinta segundos de saludo y cincuenta y nueve minutos de quejas y necesidades.

XXII

Una realidad que sentí siempre ajena

Una locura se concretó desde el mismo momento en que corrió la voz: “¡necesitan periodistas! ¡los medios hispanos en EEUU están creciendo!”. Aún recuerdo el murmullo que suscitaron estas palabras en los corrillos de la sala de redacción, cada uno con escrito en mano:

—El Presidente colombiano entrega a su homólogo estadounidense el premio “Colombia es Pasión”.

—Colombia busca a 10.000 muertos.

—Enfrentamientos entre la guerrilla y paramilitares dejaron un saldo de 48 muertos y 20 campesinos desaparecidos.

—A esta hora se llevan a cabo los diálogos de paz entre...

—¡Última noticia! La mujer más sexy y sensual de Colombia se desnuda.

Quizá la paranoia inició desde que tuve noticia de aquel mensaje telefónico que recibió mi hermana y que, sin ninguna malicia, transcribió como quien entrega una invitación a cenar:

—Por ahí la llamaron. Nada más dijeron: “Dígale a su hermana que de qué color quiere las flores en el cementerio”.

—¿Qué? ¿Cómo así? —le pregunté aterrada.

—¡No sé! Solo dijeron eso.

Y pasaron largas noches con sus días sintiendo que el piso de la calle quemaba; respirando el olor de aquellas flores.

No bastaron el chofer y el guardaespaldas que mi coronel, protector y fuente incondicional de noticias, designó para mi seguridad. Los sucesos más funestos despuntaban al amanecer y nos sorprendían, ilegalmente, casi siempre desnudos. Al siguiente día, todo a mi alrededor brillaba.

—Te espera una carrera promisoría —pronosticó la directora a la salida del consejo de redacción—. Cultiva esas fuentes. Necesitamos estar bien informados.

Entre mi predilección por los uniformes militares, los buenos informes, las credenciales, los nuevos conflictos y las ruedas de prensa, el mensaje amenazante se fue traspapelando en mi memoria.

Hoy me persigue otra clase de muerte y yo debo apurarme.

Quizá la paranoia empezó desde aquella emboscada militar, cuando un guerrillero me abofeteó por cruzarme los límites permitidos en su territorio, en mi afán de transmitir la noticia.

Quizá, la paranoia empezó desde que reconocidos periodistas, con ansias de mundo e indiferencia por sus raíces, iniciaron una ascendente cadena que hoy se niega a ser cortada.

Quizá, la paranoia empezó desde que corrió un rumor: “En Colombia se habla el mejor español del mundo”, desconociendo que aquello no es más que un falso discurso.

Quizá, mi paranoia comenzó cuando la vida misma pesó y entonces “cambiar de vida” se convirtió en la única salida al problema.

No creo que sea absurdo tomar mi realidad por locura, o ¿acaso lo que acabo de describir es coherente? Lazos de patriotismo, amistad y sangre, unidos en su afán por prescindir de mí. Celebración a la que asisten todos. ¡Fiesta de despedida! ¡Te vas a un mundo mejor! Fuertes voces a una sola voz, pero el eco, aquel eco hoy se encuentra perdido, “*ya te vas para no volver...*”, y todos bailan y cantan sobre la tumba, tumbera tumbera / tumba tun bam ba / tumbera tumbera / tumba tun bam ba, / *tú debes partir / si quieres huir / tumbera tumbera / tumba tún bam ba, / el fantasma te buscará/ y tú nunca regresarás / tumbera tumbera / tumba tun bam ba / tumbera tumbera / tumba tun bam ba*. Sobre la tumba de aquel que ya se va a un mundo mejor, ¿acaso todo este merequetengue no fue ridículo? Conjuro de risas y buenos augurios en mi despedida, costumbre racional en un país donde el simple hecho de estar vivo es motivo de celebración; costumbre irracional cuando se va a sufrir en la distancia.

Extraño a los que asistieron a mi despedida. Cómo olvidar lo compartido: aquellas carreras faraónicas para lograr conseguir una declaración insolente; aquellos viajes inhóspitos, por entre cerros, degustando el silbido de las balas, espantando con oraciones a la muerte; callando gritos de fechorías inadmisibles; negándole a mis ojos la posibilidad de ver para no desmayar en el camino;

declamando hábilmente en el escenario para complacer las exigencias de la directora; pasando entero para no quemar tiempo en buscar culpables. Extraño lo que creía ser.

Una dicotomía exacerbada da cuenta de una realidad que sentí siempre ajena. ¿Acaso soy yo la que persigue el riesgo? “Dale tiempo al tiempo”. Eso es lo único que escucho.

Quizá la primavera, con su palio florido, pretenda dar colores a las sombras perennes que arrastran los lamentos, para que así quisieran desprender los dolores, y en un nuevo suspiro, destruir sus lamentos.

XXIII

Como el judío errante

Por suerte aún estamos las tres, así la soledad se hace menos pesada. No creo indispensable relatar esta sensación de nostalgia, turbulencia de recuerdos que asalta mi mente y enceguece un presente desvaído. Cuánto pesa el olvido, relámpago de primicia que algún día se convertirá en viejos despojos perdidos. No hay tiempo para absurdos ni para compunciones; solo un pequeño espacio para intentar. Volver atrás sería errado y, aún peor, sojuzgado.

Aunque las noticias se escuchen distantes, y esta sea simplemente la evidencia de una vida algún día pasada, al interior de estas cuatro paredes prosigo, dando testimonio de hechos substanciales en mi existencia.

—Primita, si no sueltas esa agenda no voy a poder hablar contigo nunca. Sal de ese cuarto, ¿qué es lo que escribes y escribes? —me reprocha Alexandra.

—Cosas que quizá solo les pasa a los montañeros —me apresuré a decirle y una risa burlona se dibujó en su rostro.

—¡Ya deja tanta pendejada! Nos vemos en la tarde. ¿Vamos al cine?

Y el timbre del teléfono cambió de dimensión a Alexandra. Del otro lado estaba la voz que esperaba. Un nuevo misterio surgió en torno a sus palabras:

—Quiero que estén listas a las seis de la tarde. No puedo quedar mal con Mónica ni por el hijueputa, paso por ustedes y seguimos. Ya te dije, primero les van a hacer un casting y ya —ahí hubo un silencio—. No sé, no sé, yo confío en ti, no puedes llevar viejas nuevas sin antes saber quiénes son y cómo están. Lo único que te puedo decir es que él es un productor reconocido en el medio, así que es una buena oportunidad. A la nueva, dile que se rasure bien, ¡Salgo para allá!

—¡Qué conversación tan efusiva! —fue lo único que atiné a pronunciar en voz alta.

—Van a comenzar las grabaciones de la película que hace días Moni nos había comentado; por eso salí temprano hoy. Quedé de llevar a algunas paisanas que conozco. Sé que gustosas le jalarán al trabajito. Voy para el estudio de grabación de Piero, el galán de Mónica.

—Sabes, me preocupa quedarme sola. Mónica no tardará en abandonarnos para ir a los brazos de su nuevo amor y tú tienes planeado regresar a Colombia, ¡Me van a dejar sola! —le dije.

—No seas bobita, mi esperanza es que estos gringos no detengan el proceso de mis papeles, debo dejar que las aguas se tranquilicen.

—¿Cómo así?

—Como lo oyes. Creo que después de todo es hora de irme a Colombia; no sé por cuánto tiempo, no sé si regresaré. Tú debes seguir juiciosa trabajando, poco a poco vas a ir logrando todos tus propósitos —me dijo Alexa.

—Ya para hoy la palabra “lograrlos” es lo de menos, el problema radica en que mis propósitos se han visto alejados de las expectativas que tenía. Nada es lo que imaginé.

Mientras hablaba, sigilosamente deslizaba sus ojos por entre las cortinas de la sala para verificar que nadie estuviera fisgoneando nuestra morada. Se me escapó una mirada un tanto inquisidora y ella no pudo evadirla.

—Cada día estoy más paranoica, pero más vale la seguridad que la policía— aseveró.

—No puedes andar como el judío errante, o ¿acaso de verdad piensas abandonarme? —le respondí.

—Corazón, tienes todo un mundo por delante, hay mucha gente que te quiere, has logrado mucho en tan solo seis meses. No te quieras comer el mundo de un solo bocado. ¿Y Benny?

—Desapareció hace tres días. No ha dado señales de vida, ni a sus papás, ni a nadie. Lo más extraño es que ningún miembro de su familia muestra el menor signo de preocupación.

—Ya aparecerá, no te agobies. De todas maneras, hombres es lo que hay, ni porque estuvieran escasos.

XXIV

Un maldito juego de amor y desamor

“*Detienen afrocolombiano acusado de ser el líder de una organización delictiva*”. De repente, mis ojos entraron en un juego de ping pong entre la fotografía y el texto. Es él, dije en voz baja. ¡Es él! Comencé a elevar el tono. ¡Es él, Alexandra! Subí precipitadamente las escaleras, entré en su cuarto y continué leyendo en voz alta. Entre tanto, un millón de elucubraciones que había tejido en mi mente volaban, sin parar, hasta precipitarse frente a las palabras de aquel estigma sereno de mujer.

—¿Qué te pasa? Deja dormir por favor, quiero dormir, no molestes —respondió ofuscada Alexa.

—¡Es él! ¿ya sabías? —le pregunté.

—Ah, el periódico. Esa noticia es vieja.

—Tú estabas con él hace unos días, en el estacionamiento del Club, cuando unos tipos los encañonaron.

Yo sé de la frialdad humana, pero esto es distinto, yo misma los había visto, los había escuchado, los había sentido impávidos, parecían resueltos a ganar el mundo, aunque ella lo negara una y mil veces; aunque él no fuera su hombre ideal y ella fuese tan solo un alocado cúmulo de energías. Ella lo negaba como presintiendo el desenlace.

—No te preocupes, desde hace días no tengo nada que ver con él. Vete, ya se te hizo tarde, vete, no pasa nada. Por culpa de ese imbécil están a punto de dañar mis papeles —masculló Alexandra—. No quiero saber nada de ese estúpido.

Al terminar de leer el informe quedé aún más desconcertada. Anuncian nuevas capturas en las próximas horas. A un día de la publicación de la noticia, me perturba pensar que quizá me vuelva a encontrar rostros conocidos.

—Nena, te espero esta tarde, te voy a invitar a un lugar muy especial.

Su voz me alcanzó a la salida. El eco de sus palabras se adhirió a mis pasos, convertido en reflexiones en torno a todo un sistema de vida, lujo y comodidad por encima del ser. Lazos de

sangre han sido destilados. Da miedo sentir cómo nadie es indispensable. ¿Qué es entonces la vida? ¿Un maldito juego de amor y desamor en donde el bien propio está por encima de todos? Aún más que eso, ella actuaba para él, y su actuación implicaba la complicidad.

Pero ¿quién soy yo para hablar de amor? Las pocas veces que esa palabra ha estado cerca de mí, yo misma la he matado. El amor se ha convertido en profecía, ahora se analiza cada paso con la misma certeza del que mata a sangre fría.

“Por culpa de ese imbécil estoy a punto de que dañen mis papeles”. ¿Precepto indescifrable? O quizá, ¿sentencia anticipada?

XXV

El eco del martirio

He bebido. En las profundidades de la noche sigo siendo la misma mujer, la misma que ha dejado atrás todo por conquistar el mundo. ¡Hay que salir adelante como sea!

Qué lejos han quedado los recuerdos insomnes de amores taciturnos que, bajo la neblina grisácea de las noches bogotanas, inquietaron mi vida. Mis pasos sobre calles de piedra que eran seguros y constantes, ahora se encuentran por calles solitarias, infinitas y pálidas, que borran la tinta indeleble del recuerdo. Solo se escucha el grito de un silencio enmudecido. El eco del martirio, del tormento y el amor nunca ha estado, lo han matado. ¿Acaso se puede amar en medio de lamentos?

—¿Quién es? Pues *mija*, mira a ver si te conviene o no —dice siempre mi madre.

Preguntas y respuestas emergen, ahora solitarias, e invocan los recuerdos, ahogan los impulsos. ¿Cómo encontrar mi rumbo?

Debo encontrar una salida. El periódico parece ser mi mejor escape.

—Tú ya sabes cómo están las cosas aquí, *mija* —dice mi madre.

—Casarme con él es la única posibilidad para conseguir la residencia, ya me lo han confirmado. Pero ¡Ay mamá!, si lo conocieras. Los problemas lo inundan, y entonces no soy yo la que necesita de él, es él quien necesita de mí.

No pude continuar hablándole a mi madre sobre este amor estéril.

No puedo continuar permitiendo que todas sus atenciones las vuelque en mí. Lo sé, soy consciente y he tratado de mantener nuestra relación al margen de mis circunstancias. Como siempre, al principio emocionante, pero mi realidad me obliga a ser pragmática. Si algo tengo claro en la vida es que no voy a desfallecer sobre mis objetivos, además me niego a enamorarme. Prefiero continuar fundiendo largas noches, visitando lugares delirantes, alejando de mí aquel sentimiento que no puede ser.

Todavía retumba aquella noche triste; nada ha cambiado. La historia se repite y entonces, ¡hay que salir adelante como sea!, el frenesí se multiplica. Mi agitación se multiplica, mientras en

soledad, rodeada de rostros desconocidos, escapo a toda suerte de visiones inconclusas que se empeñan en envolverme.

No sé si mi lucidez sea producto del ambiente. Me refugié en la noche entre golpes de música que refrescan mi garganta y enlutan mi memoria. Brebajes aerodinámicos vuelan como rayos luminosos y atraviesan centelleantes mi cuello, para cegar de un solo tajo todos mis pensamientos. Movimientos eróticos agitan mi cuerpo, perturban mi razón y se deslizan por curvas delineadas encendiendo placeres; y el hombre, aquel hombre que hoy sigue mis pasos, se suspende entre mis brazos presintiendo un viaje sin retorno, olvidándose de sí; apacible, reverente, sujeto a mis preceptos. La luna se deshace y su agonía recubre nuestros cuerpos, deleite que aprisiona; sollozos de embriaguez; sublime sortilegio que rebosa en mis entrañas.

XXVI

Yo no sabía nada

¡Nos estaba siguiendo! ¡Desde que salimos del periódico nos estaba siguiendo! El golpe de la puerta enmudeció la casa. Retumbaron paredes, vitrales, ventanales, voces, lámparas, y un sinnúmero de finos objetos decorativos vociferaron armoniosos, siguiendo el compás acostumbrado. Y la familia... ¿Dónde está la familia? – preguntó, y se escuchó en el vacío.

Allá, en el largo pasillo estallaron las voces:

—¿Bernardo, acaso crees que soy un pendejo?

—¿Qué te pasa, papá?

Yo no sabía nada. Quedé perpleja sobre el sillón de piel, sintiendo que mi cuerpo se hundía más y más. Se escuchaban los gritos, y a cada grito yo no sabía nada. Enderecé mi cuerpo, creyendo que tal vez mi presencia inundaría la casa.

Las ventanas vacías. Nadie está afuera. Frente a mí una inmensa pared y en la inmensa pared me hallé perdida en el camino tras un hombre en el paisaje verde, verdes que solo se producen en nuestra tierra y que el pintor logró plasmar.

—¡Metiendo el culo y trabajando para que ustedes salieran adelante! Y ahora resulta que usted definitivamente no va a volver a la universidad. ¡Para cargar periódico lo hubiera dejado allá, *guevón!* ¡Allá es donde debe estar usted! ¡Comiendo mierda! —gritó ese hombre enardecido.

— ¡Papá, por favor! Ya hablamos de eso. Ángela está conmigo.

—¿Para qué quiere dinero? —continuó gritando—, ¿para seguir acabando con su vida? ¡Usted ya está lo suficientemente grandecito como para saber qué es lo que le conviene!

De repente las miradas se cruzan. Me encuentro en medio de una batalla ajena. Un sin tiempo pasa despavorido y el aire pusilánime se resiste a ser inhalado, pero la vida sigue, y con ella vuelve la zozobra, el agite, la respiración.

Un golpe seco se escuchó de nuevo. Esta vez el ruido volvió a poner las cosas en su puesto.

Los muebles alineados y en la inmensa pared el hombre en el paisaje verde. Por un paisaje verde camina el campesino, el peso de la carga mengua sus pasos, sus pisadas se hunden, el camino es de piedra. Atrás dejó la casa abandonada, roja y verde, y el camino se pierde. Y los árboles verdes, muy verdes, mueven sus ramas dando aviso. Ya es muy tarde, se hunde, mientras camina, se hunde, un destello al final, el camino, y en la lejanía se hunden.

Nuevamente había tirado la puerta. Otra vez estamos solos.

Mientras divagaban sus pasos, el tono de su voz contrastó con los gritos.

—Disculpa, por favor. Últimamente discutimos demasiado. Estoy seguro de que habló con el esposo de Gloria, él le dijo que estoy trabajando en el periódico. ¡Carajo!

Palma con puño se encontraban, sus fuertes brazos chocaban. Él tampoco sabía lo que estaba pasando, ¡no lo sabía! Él, que desde la infancia camina solitario por calles alineadas sintiéndose un extraño.

Cuando lo conocí dijo orgulloso: “Colombia mi tierra”, “no hay paisaje más bello que el Valle de Cocora”; lo repitió hurgando en su memoria imágenes de un pasado negado. Colombia, heredada a través de la palabra, orgulloso de una historia para él desconocida, jactancioso de unas costumbres acogidas en la distancia, dueño de un mundo ajeno se sentía seguro. Se sentía seguro, pero el padre gritaba, y su voz le atravesaba el alma.

—¡Me trata como a un niño! Preocupándose ahora por mí ¡qué va! Cuando debió hacerlo no lo hizo.

Y entonces su memoria comenzó a correr por viejos barrios de la niñez, plagados de historias prohibidas, conversaciones malditas, negocios fructíferos en donde la honestidad tiene otro significado, en donde el latino simplemente trata de sobrevivir. Ahí están sus amigos, amigos de la infancia; ahí creció Benny mientras sus padres trabajan sin más descanso que una noche de aguardientes y paisanos, viejas reminiscencias al son de un porro.

—Tú debes saber cómo se llama esa canción? Aún la recuerdo:

“Hoy quiero gozar, quiero vivir en Salsipuedes

tierra de ilusión, donde el amor nunca se muere”

Un porro que quedó grabado en su memoria. Así como se quedan los amigos, las fiestas solitarias en las que un cigarrillo verde (¡del verde de su tierra!, le decían) y un: “pase un pase, que eso no le hace daño a nadie”, quedaron grabados en su memoria. ¿Y los papás? Trabajando para conseguir dinero. Papá, ¿para qué quiere dinero? ¡Para salir adelante mijo! ¡Hay que salir adelante como sea! ¡Hay que salir adelante como sea! ¡Hay que salir adelante como sea! Pero el padre gritaba, y su voz le atravesaba el alma.

XXVII

Un montón de gente enmudecida

No voy a negar que me encanta escucharla. Contar con qué destreza y facilidad Alexandra habla de sus anécdotas guerreras es algo amenazante. Sus recuerdos sombríos son una tempestad, una lucha constante, un ruido que no cesa y, aunque su dolor permee mis sentidos, su fuerza me da vida.

—Me armé de un cuchillo, lo agarré contra la pared y le dije: Este hijueputa lo que está buscando es que lo mate o ¿qué? - Así se quitó de encima a un “man” que se la tenía velada en la época en que trabajó en el barco.

Pero la historia que más me impactó le ocurrió en Bogotá, en plena zona norte, en un lugar que ella creía seguro:

—Vi que venían en dirección contraria a mí, uno ya los conoce; en el momento que uno de ellos me rapa la cartera, no pensé nada más que en mis pertenencias, ¡no podía dejarme robar! Salí corriendo detrás de él, de los tres. Yo creo que los tipos jamás se imaginaron que iba a seguirlos con tremenda carrera, hasta que alcancé al hijueputa, ya llegando a la carrera quince; y lo agarré de la chaqueta y le dije: doble hijueputa, este bolso es mío, vaya y robe a su madre; lo agarré a patadas, puños, cachetadas; los otros dos ni siquiera se detuvieron, continuaron corriendo por diferentes vías. Esto fue ahí en el Centro Comercial Los Héroe. La sangre me hervía. Le rapé la cartera y en cuanto pudo el malparido salió corriendo. Cuando levanté la cara, vi un montón de gente enmudecida, pero cada cual siguió su camino como si nada. Yo tenía una mano herida y ni siquiera me daba cuenta; lo único que pensé es que no me había dejado robar; el chorro de sangre me hizo reaccionar. Mira la cicatriz, —me dijo Alexa, desnudando frente a mí la muñeca de su mano izquierda—.

Al otro día, dime tú, el miedo tan hijueputa, porque todos los días, saliendo de trabajar, tenía que pasar por ahí para ir a la casa. Desde chiquita tuve que aprender a sobrevivir, siempre he andado sola y me sé cuidar. Yo creo que eso lo traigo en las venas... —ahí mi prima dejó salir una pequeña risa de liberación para luego concluir diciendo: *Los bandidos son como las ratas, si les demuestras miedo se te vienen encima.* Así fue como entendí su sigilo constante.

Siempre hay algo más. Hechos que ella no quiere volver a vivir. Situaciones que moldearon su vida, nuestras vidas, siempre marcadas por el pasado, aquel pasado cruel que todos llevamos dentro y que nos quema aún en la distancia. Como aquel día en que me secuestraron en Bogotá, le dije a mi prima. Saqué mis notas para leerle en voz alta aquel escrito que titulé *Al filo de la vida*. Aún lo conservo tanto en papel como en mi memoria. En él relato, minuto a minuto, aquel suplicio, frente a otro montón de gente enmudecida.

XXVIII

Al filo de la vida

—¡Cállese, gran hijoeputa! Arranque, arranque.

Fueron las primeras palabras que pronunció aquel sujeto desconocido. Aunque en realidad fueron dos; uno a cada lado. No sé quién dijo qué, pero fue como si el mundo se hubiera detenido; como si se hubiese partido en dos en tan sólo un segundo. ¡Ya no era yo la que estaba allí! ¡Era mi cuerpo! Mi cuerpo aprisionado por dos bultos que lo único que destilaban eran blasfemias.

—Cuidado con alzar la cabeza, monita. ¡La vuelve a tratar de alzar y le rompo la jeta!

—¿Y usted qué hace, monita? ¿Qué hace por aquí solita andando tan tarde?, ¿no sabe que eso es peligroso? —dijo el otro ladrón—. Pórtese bien y verá que no le vamos a hacer nada.

—No le vayan a hacer nada a la señorita —replicó el taxista.

Hacía tan sólo cinco minutos estaba tranquila, rumbo a mi casa, extenuada después de un día de arduo trabajo. Estaba cubriendo la posible entrega de un secuestrado, a quien este día deberían soltar en cualquier momento. Pero qué ironía, ahora la secuestrada era yo.

—¿Y la monita a qué se dedica? Hable, pero no suba la cabeza, ya le dije.

—Soy periodista—. Fue lo único que pude pronunciar mientras el tipo empujaba mi cabeza contra su pecho, al tiempo que inclinaba mi rostro. Creí que esto los amedrentaría, pero la respuesta que obtuve fue otra.

—Por culpa de un puto periodista yo tuve que pasar tres años modelando. Mire, la monita trae dólares y varias tarjetas. ¡Cáigase rápido con las claves! Y no me vaya a salir con el cuento de que se le olvidaron.

—¿Por qué me hacen esto?

—Usted no pregunte tanto.

—Pero no tengo dinero; eso que traía en mi billetera fueron algunos ahorritos que tenía, eso es suficiente —les murmuré con voz entrecortada—. Las tarjetas de crédito están en rojo, ¡por Dios, déjenme ir!

—O se calla o la callamos.

Mientras los tipos saqueaban mi bolso, el taxista avanzaba de cajero en cajero, y nosotros ahí afuera esperando que lograra hacer con éxito la transacción. Nada más me limitaba a suplicarles que por favor me dejaran ir, que ya les había entregado todo; que por favor no se llevaran mis documentos de identidad. Eso fue lo único que podía hablar; no sabía qué más decir. La confusión, la vulnerabilidad, la rabia y el miedo hicieron efecto en mí, hasta tal punto que respiraba con dificultad.

Tratando de subir mi mirada, lo único que veía eran personas caminando tranquilamente sobre los andenes de los barrios por donde me llevaban. “¡Por Dios! ¡Alguien que se apiade de mí!” gritaba en silencio, pero nadie se percataba de mi suplicio. Sentí que era el fin. ¡Me iban a matar! Mis ojos seguían esforzándose por descifrar los lugares. A pesar de la posición en que me llevaban, podía observar por un resquicio que atravesábamos todo Cedritos: casas, luces, negocios cerrados, árboles, muchos árboles y de repente el puente. Supongo que bajamos por la calle 150; comencé a sentir que el auto vibraba a causa de la carretera destapada; ya no había ni siquiera una luz, ni una casa...

Mis oraciones se elevaban cada vez más fuerte. Dimos vuelta a la derecha; todo estaba oscuro. “¡Por Dios! ¿Para dónde me llevan?”, pensé. Este es el final de mis días, pero el tiempo seguía andando. Lentamente todo comenzó a iluminarse, de nuevo la luz. “¡Oh, gracias, Dios mío!” En lo alto se veían muchos letreros. Llegamos a la calle 166. Aún circulaban busetas y uno que otro automóvil se escuchaba. Volvimos a parar frente a un cajero y se repitió la misma escena. El taxista seguía mecánicamente la ruta de su trabajo habitual. ¡Cuántas veces me advirtieron que uno no puede cargar las tarjetas en la billetera! ¡Que es mejor dejarlas en la casa! Pero ¿cómo es posible? Aquí estoy al filo de la vida.

Llegó un momento en el que no pude respirar. Ya no sentí la presión y el frío del arma comprimiendo mi cuerpo. Los tipos se asustaron tanto que decidieron dejarme libre, pero no iba a ser tan sencillo.

—Bueno, monita, recuerde que nosotros tenemos su nombre, la dirección de su casa, la de su trabajo, todos sus teléfonos. ¡Cuidadito avisa a la policía! Y para que no diga que somos malos, ahí tiene *pa'* su taxi. Nos vamos a bajar despacito, como si fuéramos novios. Yo la voy a abrazar,

usted va a caminar normalmente. No se le vaya a ocurrir mirar hacia atrás o gritar, porque entonces ¡le pego un tiro! ¿Estamos? ¡No mire hacia atrás!

Y así fue. Yo caminé despacio, mientras que a lado y lado circulaba la gente. Era algo así como las 11 y 30 de la noche; todavía se veían individuos en la calle. Caminé despacio, esperando el balazo que atravesaría mi cuerpo. Cuando llegué a la siguiente esquina giré a la izquierda y me agarré a gritar, como nunca en mi vida. Corrí velozmente hasta llegar a una cafetería, ¡no podía acallar mi voz!

De un momento a otro, me vi rodeada de varias personas que trataban de tranquilizarme, mientras yo les contaba que acababa de ser atacada; que los ladrones me habían abandonado a tan solo una calle de ahí.

—¿Cuál es el teléfono de su casa? ¡Hay que llamar a avisar que usted está bien!”.

“¿Que yo estoy bien?”, pensé...

XXIX

El oficio de contar las cosas

Aunque ahora es otro tiempo y otro lugar, aquí sigo en el oficio de contar las cosas. No ha pasado un solo un día desde que llegué a este nuevo país en que las oraciones no se hayan convertido en súplicas. Aún me pregunto de quién sigo huyendo, o peor aún de quién huimos porque ya no me siento sola. Ahora sé que no es solo perseguir un sueño, sino un huir y un abandonar al mismo tiempo. El eco de la voz que prometía éxito tenía razón. He tenido que vaciarme por dentro para encontrarme.

Estaba conduciendo, orando y, al mismo tiempo, pensando de qué manera podría volver a ejercer mi profesión, cuando entró la mejor llamada que he recibido en los últimos meses. Quizás en defensa propia, mi memoria olvidó la entrevista que había presentado para ser editora. Me era imposible imaginar que una empresa de ese tamaño tan grande contratara gente como yo, indocumentada y, peor aún, con papeles falsos. Nunca pensé que me escogerían. El alma me volvió al cuerpo. Creí que me tocaría seguir vendiendo publicidad puerta a puerta para sobrevivir.

Acudí inmediatamente y sin reparo. El director extendió su mano para decirme: “comienzas mañana mismo”. A pesar de la alegría que sentí, confieso que el miedo continúa siendo mi enemigo. Ser editora del mejor diario hispano de la ciudad no es del todo un orgullo cuando, para lograrlo, he tenido que ocultar mi verdadera identidad.

No sé si además de miedo fue desconfianza, pero para decidirme a aplicar para ese trabajo tuvieron que publicar el mismo anuncio semana tras semana. Era el mismo aviso de periódico que a mi llegada encontré y guardé el papel como un tesoro. Los meses han pasado y, aunque la duda aún me asedia, la alegría de recuperar mi trabajo de periodista me reconforta.

SE NECESITAN ESCRITORES, REDACTORES, EDITORES Y PERIODISTAS
HISPANOS.

Del otro lado del teléfono me contestaron en español, me hicieron un par de preguntas y en seguida confirmaron fecha y hora de la entrevista. “Por favor traiga una muestra de su trabajo en Colombia”. Llegué puntual, con mi portafolio en mano. El mismo director fue quien me recibió. Un argentino, culto, que sabía de la labor periodística colombiana, cuyos padres habían fundado

la empresa de comunicaciones. Ojeó los papeles, charlamos y acusó a decirme, “creo que eres la persona indicada”.

A la primera que le conté la buena nueva fue a Gloria. Ni sonrió. Parecía ofuscada cuando le dije que me retiraba del pasquín. Me abrazó y con voz entrecortada, me dijo: “Yo sabía que lo ibas a lograr. Por los papeles no te preocupes, te aseguro que más de la mitad de los empleados de esa empresa trabajan con papeles chimbos”. Aun así, al momento de entregar los documentos que me solicitaron, una vez más, el pánico y el susto me invadieron. El mundo al revés.

XXX

Mi propia lucha

Estaba ansiosa, comenzando labores en mi nuevo trabajo, cuando recibí la primera llamada. Así fue como conocí a Patricia, otra colombiana. Llamó preguntando por la editora de comunidad y de inmediato la comunicaron conmigo. Quería saber si podíamos publicar una nota informativa, ofreciendo becas a profesores hispanos para cursar posgrados en educación bilingüe. Me pareció interesante, teniendo en cuenta mi propia lucha con el nuevo idioma. Confieso que me causaron cierta curiosidad las siguientes palabras que me dijo:

—Ángela, este lugar me ha brindado una segunda oportunidad de vivir; el trabajo con la comunidad hispana está lleno de satisfacciones. Tu voz me suena muy familiar, quizá sea porque hace tiempo no hablaba con una paisana como tú. Gracias por tomar mi llamada.

Sentí una gran satisfacción también al escucharla, nuestra comunidad necesita prepararse para obtener el mejor provecho de este periodo de inmersión en una nueva cultura. Me habló del grave problema de comunicación que existe dentro de Estados Unidos, ya que de los 24,6 millones de hispanos que hablan español solo el cuarenta y ocho por ciento habla inglés; el otro porcentaje se dedica a vivir dentro del gueto, lo cual no les exige saber otro idioma y, por el contrario, les permite inmortalizar el español. Sentí tan congruentes y oportunas sus palabras que inmediatamente acepté su invitación a tomar un café, ahondar en el tema y así concretar la publicación del texto. Ella también experimentó esa necesidad de emigrar, de poner en práctica ese derecho universal. El 10 de diciembre de 1948, la ONU proclamó en el artículo 13 de la Declaración de los Derechos del Hombre: “Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país”. Además, el Artículo 14 dice que: “En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país”.

XXXI

Habré muerto y no tenemos paz

A Patricia le mataron al papá, un Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, en 1985 cuando la Toma del Palacio. Ella no es la única desterrada y he querido transcribir su monólogo fielmente. Este es el sello de su declaración:

—Qué era más digno ¿quedarme en el país y, con resignación, continuar sometida a voluntades secretas o huir cobardemente para reconstruir mi vida? Ese fue el dilema que me llevó a tomar la decisión de salir de Colombia.

Asesinaron a mi padre en la toma del Palacio de Justicia —lo dijo con su rostro desvalido por la memoria—. Él era magistrado de la Corte Suprema. Mi madre gastó los últimos años de su vida rogando justicia ante el gobierno. Yo estaba muy joven, pero comprendí la magnitud de los hechos: un país destrozado al igual que mi vida.

Esas imágenes del Palacio en llamas son el recuerdo más vivo, me persiguen. Las tanquetas, las ráfagas del ejército, siguen bombardeando cada fragmento de mi ser.

Un país en manos de militares corruptos, coludidos con el narcotráfico; una guerrilla quimérica y con cáncer. Y mi padre ardía en medio de archivos, víctima de un posible tratado de extradición. Aún escucho la repetición de aquella frase: “Por favor, que cese el fuego inmediatamente, es de vida o muerte”.

Sé que todos tenemos las manos untadas de sangre, ¡Todos! Esa maldita guerra cesará el día en que se legalice la droga. Habré muerto y no tenemos la paz.

Cada noche, cuando reincido al ver la televisión colombiana, siento que nada ha cambiado; aparecen una y otra vez frente a mí aquellas caras bonitas que, con la misma sonrisa, perfectamente ensayada e irónica, declaran muertes, masacres, desfiles de modas o desnudos. Seres dopados, como la Ministra de Comunicaciones de aquel entonces... adornos, perdóname la expresión, puros adornos. Me pregunto si, por lo menos, leerán para sí entre líneas lo que pronuncian; no creo, no seguirían ahí... Algunos logran huir y llegan aquí, pero no por su conciencia sino por su ambición; aunque, lamentablemente, es aquí donde su historia adquiere forma. Aquí todos tenemos un pasado que contar y eso nos une, ese pasado nos da la fuerza para seguir, para no flaquear.

A Pablo Escobar lo acusaron de financiar a los guerrilleros que gestaron la toma, argumentando su oposición a la extradición, y a los militares se les culpó de confabulación para retomarse el palacio porque ahí reposaban todos los archivos de las investigaciones que corrían en su contra. Al momento de la Toma, el Ejército y las altas cortes estaban enfrentados por las acusaciones de violación a los Derechos Humanos que cursaban en su contra. Cuando el Ejército realizó la Retoma del Palacio, el verdadero objetivo fue acabar con sus enemigos: los guerrilleros y los jueces. No pensaron en la herida que dejaría el magnicidio en Colombia. El recuerdo me persigue y el dolor no cesa. Fue una compleja decisión. Marché con resignación, aceptando mi realidad, recordando siempre mi origen y cultivando la sabiduría de mi padre: “Saber es hacer memoria”, y hoy le agrego a esas palabras, “es recordar, aunque el dolor no cese”.

Mutilada la familia, lo único que quiere uno es huir. Al principio, lo que conseguí fue hacer crecer más mi dolor. La nostalgia no ayuda mucho, pero poco a poco vas aceptando con resignación tu nueva realidad. Llevo diecisiete años aquí, mi trabajo como investigadora me ha brindado la oportunidad de establecer mecanismos que ayuden a mi comunidad hispana a enaltecer una de las mayores riquezas a las que se puede tener acceso, la biculturalidad.

Casi siempre estoy en la oficina, y en casa comparto con la familia de mi esposo; él es de aquí y tiene su propio grupo de amigos, quienes amablemente me han adoptado. Casi no comparto con los paisanos, siento que no somos muchos, aunque las cifras digan lo contrario.

Mientras en Colombia se continúe brindando más apoyo a la guerra que a las formas que generan paz, como son la educación, la seguridad alimentaria y el acceso a oportunidades, la solución al conflicto se aleja más y más. Miles continuarán huyendo, llevando consigo no solo el recuerdo sino las ganas de salir adelante; por eso el trabajo educativo aquí continúa, adquiere otros visos y demanda otras necesidades.

XXXII

Huir es imposible

La charla persistía. Fue una especie de desahogo para ambas. Nuestras palabras fluyeron en medio de la luz dispuesta a medio tono. Las paredes de ladrillo jugaban a ser ese color que nos pertenece, ese claroscuro que resplandece, ese brillo entonces cálido, entonces pálido, entonces aroma; una combinación entre clavo y canela. Un café elegante, sobrio y delicado. La Madeleine, uno de los lugares que más disfruto en esta ciudad. Afuera es otro mundo, un mundo ajeno.

—También mataron a mi padre —le confesé a Patricia. Le conté cada detalle.

Cuánta gente espantando el dolor, arrastrando la herida, poniendo miles de kilómetros de distancia, abandonando lo que en verdad es, convirtiéndose en algo que no es para perderse. Ahí comencé a ver el camino a mi propio regreso.

Solo y únicamente en la medida en que comprendemos nuestra historia personal, y nos aceptamos con todos esos aciertos y errores, podemos tener un panorama claro —afirmé—. Viviendo acá ya no somos los mismos, pero hasta aquí se hace urgente enfrentar nuestra propia historia. Huir fue el camino que tomamos, pero huir del todo solo si definitivamente queremos. Huir es imposible, no puedes huir de ti mismo. Si te abandonas te pierdes.

Traté de darle un giro a la conversación, pero fue en vano. Nunca se me ocurrió que evitar hablar de lo que pasa actualmente en Colombia fuera lo más prudente.

—¿Escuchaste las últimas declaraciones del presidente? —le pregunté a Patricia, aun sabiendo que ella llegó al punto de preferir mantenerse al margen de la historia actual. Huir para perderse. Creo que es un mecanismo para poder sobrevivir—. Tomé la palabra y ella se dedicó a escucharme.

—Ahora no solo el Cónsul en esta ciudad se vuelve objeto útil del Gobierno de turno, considerando a los asilados y refugiados políticos colombianos unos apátridas, sino que el mismo presidente cree que la mejor solución para controlar la inmigración de trabajadores temporales colombianos en los Estados Unidos es la implantación de un chip en sus cuerpos, a manera de poder controlar y forzar su regreso. Yo me pregunto: ¿qué clase de monstruo, en este momento de la historia, podría tan siquiera soñar algo así? Te confieso que en algún momento llegué a pensar

que eso era lo que necesitaba el país. Me avergüenza haber creído en él. Toda una vida huyendo de la violencia y la anestesia ante el dolor y la guerra ha obnubilado el pensamiento de casi todo el país. El miedo y el terror se apoderó de todos. Los medios de comunicación son objeto de juego de aquel engendro del mal.

Aunque mi esencia sigue siendo la misma, el tiempo se detuvo.

XXXIII

También al presente atormenta

Alexandra quería que celebráramos. Desde un comienzo la invitación me sorprendió, creí que eso significaba que las cosas también marchaban bien para ella.

Regresé temprano. Era extraño que mi prima estuviera en casa y más extraño aún que tuviera tiempo para compartir conmigo afuera. Los días de trabajo en el club de hombres ahora son esporádicos. Aparentemente esa inquietud, ese afán por estar allí y enterarse de cada movimiento desapareció. Me ha dicho que está prestando servicios de traducción simultánea, supuestamente un grupo de empresarios la contrató. Aun así, las llamadas que recibe siguen siendo un tanto raras para mí. ¿Por qué se empeña en seguir ocultando las cosas?

—¡Hoy vamos a salir a celebrar! —me dijo—, vamos a cenar al mejor restaurante japonés de la ciudad.

Emocionada, le respondí rápidamente que sí. Ella siempre seduciendo y dejándose seducir con los mejores lujos.

—A propósito, ¿qué vamos a celebrar? —le pregunté.

—Tu nuevo trabajo —me dijo—, ¿crees que eso se consigue tan fácil? Pues no. Eres una berraca primita. Has logrado en corto tiempo lo que querías. Esa es una empresa seria.

La casa lucía radiante, completamente ordenada y limpia. Agradecí su actitud enérgica y procedí a lucir un vestido más cómodo.

Las dos llegamos al restaurante robando miradas. Todo estaba dispuesto con gente muy cordial. A petición de Alexandra, nos ubicaron de manera que desde nuestra mesa se podía divisar todo el salón. Al momento de entrar escuché claramente cuando ella informó el lugar exacto en dónde estábamos.

—Estoy muy orgullosa de ti. Solita lo estás logrando.

Acabábamos de brindar cuando nuevamente el sonido del celular volvió a interrumpirnos. Contestó inmediatamente, se levantó de la mesa y se alejó un poco. Aquella imagen en su rostro no miente. Algo anda mal. Ahora sí mis dudas se hacen más fuertes. De reojo pude ver su reflejo

en un espejo decorativo. Su rostro transformado en guiños de decepción. Creo estar cerca de saber, pero no me atrevo siquiera a sugerírselo. Transcribo la respuesta telefónica que, aunque de lejos y en inglés, entendí claramente.

—Ese no fue el acuerdo. He cumplido con todo lo que me han pedido. [Silencio] Voy para allá. Ok, dame la dirección.

—Me muero de la pena primita, pero tengo que dejarte. Tengo asuntos de última hora que debo atender. Cosas del trabajo. Debo salir. Un cliente me tiene hasta la coronilla, me contrató como traductora en sus negocios y por culpa de él ando de traductora, pero de la policía.

—¿Policía?

Ella estiró sus brazos sobre la mesa, tomó mis manos entre las suyas y me habló con voz de angustia:

—Tienen un problema y deben aclarar algo. Debo ir. Es una larga historia. Luego te contaré.

—¿Cómo así? Me asustas.

—Es que a veces la vida le enseña a uno, pero uno no aprende y anda uno como la mosca: de cagada en cagada. Luego te cuento con calma.

—No entiendo nada.

—Por el cariño que te tengo, hay cosas que es mejor que no entiendas o que no sepas, prima. El pasado no perdona y también al presente atormenta. Se comenten errores y no queda más solución que afrontarlos. Imprevistos de mi trabajo. Debo ir ya mismo porque, al parecer, la traductora que tenían contratada no llegó y me toca reemplazarla.

—¿A esta hora? Si quieres te acompaño —le dije, alzando mi voz para alcanzarla.

—No, no es necesario. Debo salir ya.

Tengo que escribir esto para recordar. Algo me dice que mis sospechas van más allá de querer ocultarme un simple secreto.

XXXIV

Un mundo en que lo anormal es normal

Es cierto que nada es más provechoso que aceptar su ofrecimiento ante el juez, pero ¿acaso ese es el precio que debo pagar por mi libertad? Quizá lo que él llama amor no sea más que un capricho pasajero y lo mejor sea seguir adelante sin él. Salir de la oscuridad para entrar a otra no tiene sentido.

Compartí mis pensamientos con mi prima, ella es mi confidente; y aunque es pragmática me sorprendió su reacción al detenerse y hacerme evaluar puntualmente esta relación. —No hay que dejarse enredar por las ideas—, me dijo. Las ideas de lo que creo es el amor. Definitivamente, esta situación no encaja dentro de lo “normal”, pero ¿qué es normal? ¿Acaso es esta una historia común? Las dos venimos de un mundo en que lo anormal es normal.

Benny y yo compartimos la locura de dos almas abandonadas. Horas placenteras cubiertas de una alegría comprada y la seguridad de poder controlar lo incontrolable. Es verdad, todo este ambiente no me es completamente ajeno. Más de una vez contemplé y fui invitada a delinear surcos blancos, pero mis designios me lo impidieron. Él no cuenta con los mismos propósitos, todo el tiempo se pasa de la raya.

Ahora entiendo, se trata de seguir adelante escuchando mi propia voz. Quién lo creyera, legalizar mi existencia en este país se ha convertido en la más feroz batalla. No quiero que mi espíritu se pierda entre las sombras o, peor aún, sacar provecho de almas desahuciadas. El amor te da la libertad, no te la quita.

Ayer lo abandoné. Ante la presencia de varios amigos con quienes no comparto ninguno de sus hábitos, lenguajes o costumbres; simplemente me fui. Hoy se esfumó de mi vida. Ojalá no aparezca para que este hilo enfermizo que nos une se apague de una vez. No quiero herir a nadie, ni dejar que me hieran.

Y aunque me preocupa el precio que debo pagar por mi independencia, pagaré lo que sea necesario. La libertad no puede ser objeto de cavilaciones. ¡La libertad es un fin en sí misma! Esta será la mejor decisión en medio de esta guerra.

XXXV

Mis heridas se curarán

Ya es tarde. Benny está preso. Hoy recibí su carta. Ni siquiera el hecho de haber nacido aquí lo salvó de este amargo destino. Aquella voz musical que en algún momento deslumbró mi ser, está vacía, carente de valor, carente de eso que llamamos amor. Aunque no explica con detalles qué hechos lo llevaron de nuevo a aquel lugar, algo queda claro: su reincidencia. Ni el amor propio ni el ajeno parecen estar considerados en su vida. Sus vicios lo han convertido en una estadística más. No puedo permitirme desandar lo andado, pero sí puedo aprender del pasado y decidir mi futuro. Los papeles se invirtieron. Ya no soy yo la que necesito de él sino él quien necesita de sí mismo.

Debido a las circunstancias decidí contestarle, lo mejor es continuar mi camino. Será la primera y última carta que le escriba. Le enviaré las siguientes letras para ahogar de una vez por todas este sentimiento:

—Creí que esto era historia olvidada. Nuestras vidas no coinciden sino en un fugaz pasado. Aunque mi piel recuerde tu presencia, tengo la seguridad que nuestro futuro es cada vez más distante. Me aterra reconocerlo con tanta claridad. Es como si la distancia de este viaje haya contribuido a mejorar la visión de mí misma y del mundo que me rodea.

Es una pena, no me hables de cambiar. El cambio se genera en las profundidades de uno mismo. Nuestros sueños han desaparecido, los convertiste en una pesadilla. No se trata de causar dolor, aunque este mismo sea inevitable. Quizá nunca lo puedas ver. Quizá nunca lo puedas sentir. Quizá nunca lo puedas comprender.

Sí, me has herido y al hacerlo te has hecho daño tú mismo. Has devastado a tu familia, has acabado con tu propia esperanza. Mis heridas se curarán, vengo de un mundo donde el que cae se levanta y continúa.

Ya es tarde. Por favor no pongas mi nombre en la lista de visitas. No me busques más. Búscate a ti mismo.

XXXVI

El aire no se me puede acabar

Tan pronto me vio, se derrumbó en un llanto sin aire. — Ángela, me han dejado sola—, me dijo Gloria—. Por segunda vez he quedado sola. Llegaron a casa y se lo llevaron, me contaron los vecinos, ellos vieron cuando la policía se lo estaba llevando. Sencillamente vinieron por él, con nombre propio y todo.

Llegué en cuanto pude, las calles estaban completamente vacías. Nunca imaginé verla en ese estado. —¡Tú siempre has sido fuerte! Debe haber algo que puedas hacer —fue lo único que se me ocurrió decirle.

Los niños no paraban de llorar, la vida se ha ensañado con ellos. Todo allí era sombrío.

Aunque nunca formalizaron su unión ellos eran más que esposos. Desde que se conocieron siempre estuvieron dispuestos a ayudarse mutuamente, a apoyarse, a protegerse. Fueron dos años intensos, dos años en que compartieron sus experiencias, sus sueños, sus gustos, su amor por Colombia, su alegría, su país entero. Ella no pudo ayudarle y eso le dolía; le dolía porque él no tenía papeles; porque con ella, la vida, en medio de todas sus locuras, había sido más benévola; porque a ella no le había tocado venirse por el hueco, ni aguantar vicisitudes como le tocó a él para poder llegar aquí.

Cómo pasar por alto ese humor negro de Cabra, anécdotas macabras para poder llegar a este otro país. Recuerdo que me contó que lo mejor del viaje de venida a Estados Unidos fue la comida en el hueco en Guatemala:

—De desayuno caldo de ojo, de almuerzo caldo de ojo, y de comida, ojo que se acabó el caldo.

Las leyes migratorias son muy claras: si no tienes papeles vas *pa`trás*. Él lo sabía. Lo sabía desde que salió de Colombia en un avión hasta Guatemala. En una carcacha hasta la frontera; en una pocilga con las tripas pegadas mientras espera, encaletado debajo de un “huajolotero” hasta Ciudad de México, mientras desespera; en otro avión hasta Nuevo Laredo; y con el coyote pegado al culo hasta aquí. Si no tienes papeles vas *pa`trás*.

—Digan dónde están. Se les está acabando el aire —él escuchó lo que gritaba el guardia a voz en cuello mientras buscaba inmigrantes. Cabra lo oyó todo. Estaba ahí, escondido, acostado estratégicamente debajo de las latas del pasillo del bus. Sin poder pronunciar una sílaba, sin poder siquiera respirar, estas fueron las palabras con que le respondió desde el mutismo al guardia:

—Sr. Policía el aire no se me puede acabar ni *po'el* putas; la vueltica me salió en seis mil dolorosos, ¡Yo voy es *pa'rriba!*

Afuera golpes y alaridos, adentro un solemne silencio y un hijueputa calor; uno va es *pa'rriba*. *Pa' tras* ni para coger impulso — se decía—. Por eso, aquí toca jalarle a todo. Cargar periódico, repartir periódico, lo que haya que hacer.

Gloria está desesperada. El sentimiento de culpa la invade; cree que falló por no haberle ayudado. Y yo le pregunto: ¿qué podías hacer? Qué puedes hacer por él, cuando sus nombres no aparecen juntos en ningún papel. Ni los nombres de los hijos, porque sobre el papel tampoco son sus hijos.

Los hijos de Gloria son los hijos de todos y de nadie. Ellos llegaron de un país que no los reconoce, y están plantados en un país al que no pertenecen. Se lamentaba:

—Sin él aquí la trabajadora social se los llevará. Me han dejado completamente sola. Amor y sueños se los han llevado. Cabra ha sido deportado. — ¿Por qué? Solo ella sabrá los motivos, de eso no quiso hablar.

XXXVII

Todos esconden algo

Todos esconden algo. Del Negro no se ha vuelto a saber nada, como un suspiro desapareció. El teléfono siguió timbrando, pero Alexandra no volvió a nombrarlo.

—Ya te he dicho que él simplemente fue un amigo, me dijo. Para serte sincera, no sé qué pasaría con él. —Quedé sin palabras.

Llevó a la mesa dos copas, la botella, unas uvas y una tabla de quesos. De cada copa pendía un único, fino y delicado grabado para no confundir los cristales. Afuera llovía, eran casi las diez de la noche. —Vamos a brindar por esos amores que nunca se olvidan—, me dijo Alexandra, mientras dejaba caer suavemente el líquido oscuro. Hay dolores del alma que solo un vino puede calmar.

—¿A quién extrañas? —Le pregunté, insistiendo en que tal vez se refería al negro. — No se extraña a quien no se quiere—respondió. Ahí verifiqué que en realidad no había ni el más pequeño vestigio de amor por ese personaje, pero ¿qué clase de relación fue esa?

—¿Entonces de quién hablas prima, por quién suspiras?,—le pregunté con ansias de escuchar el nombre y apellido.

—Por uno de esos amores perdidos. Una historia que no pudo ser, pero que aún mi corazón recuerda. Me enamoré y perdí. Lo conocí a mi regreso de Europa cuando trabajé como intérprete en el Hotel Tequendama. Resulté embarazada. Él me pidió que abortara. Así evitó un dolor de cabeza a su prestigiosa y conservadora familia. Aún me pregunto qué será de su vida.

XXXVIII

Hasta los recovecos de la memoria

Siento que hay algo que, a pesar del tiempo y la distancia, me une a Alexandra: ese afán por el peligro, ese no miedo, ese ser capaz de enfrentar lo que sea, esa anestesia contra el dolor; aunque creo que más que una virtud se trata de una constante flagelación. ¿A quién le quiero probar qué? ¿Oportunidad a costa de qué o para qué? ¿A quién debo demostrar qué? Solo a mí misma.

Y fue ella, mi prima, quien me hizo caer en cuenta. Al escuchar sus historias inmediatamente recordé las mías. Cada una enfrentando situaciones demasiado violentas, librando una guerra que no deja de perseguirnos.

Como el recuerdo de aquel día en plena emboscada, en pleno cubrimiento. Aquella tarde de mediados del 2000, debía cubrir una noticia que producirían los frentes de guerra más importantes del ejército colombiano, sería uno de los golpes más fuertes propiciados a la guerrilla. Era una importante cobertura, mi oportunidad.

Al cabo de un viaje agotador abordo de un helicóptero de artillería, fuimos abandonados a orillas de una vía solitaria. Caminamos un par de kilómetros en medio de un barrizal, hombro a hombro, guiados por uno de los sargentos que había recibido la orden de protegernos. Faltando unos pocos pasos para llegar a la ubicación correcta, aparecieron de la nada un grupo de soldados, quienes poseían información fresca. Alcancé a escuchar, y aún me pregunto por qué no pude ver con claridad sus rostros, quizá porque mis ojos quedaron paralizados cuando pude leer las tres letras de sus uniformes. No pertenecían al ejército, pero eran sus amigos. En ese momento no podíamos utilizar ningún tipo de grabación, más que la memoria; pero hasta los recovecos de la memoria algunas veces deben callar. Entonces ellos se alejaron, advirtiéndome no aventurarnos más allá; la zona podía estar sembrada de minas antipersonales. El sargento nos asignó un punto en inmediaciones de un barranco; allí debíamos situarnos. Ocultos tras el follaje, fuimos testigos del “enfrentamiento”. A mansalva. Nadie estaba advertido. El repliegue fue inmediato, los cuerpos quedaron esparcidos por el campo.

Una serie de vivencias, un tanto similares, se vienen ahora a mi memoria; similares no solo porque en el momento yo tampoco sentí miedo, sino porque, en realidad, parece que nunca estuve allí.

XXXIX

Las cosas por su nombre

Le dije a la secretaria que me anunciara. Sin más preámbulos ingresé al despacho de director y comencé por el principio. Me armé de valor para ser sincera y acabar con este pánico que produce la ilegalidad. Uno tiene derecho a tener miedo, pero no a perder el valor.

Él ya lo sabía. Ni un sólo gesto de asombro en su rostro, ni una sola pregunta; solo me dijo: —No hay problema, llama a este abogado, dile que necesitas tu permiso de trabajo y que mi compañía te va a respaldar. La única condición es que tú debes pagar sus honorarios, pero él te puede dar plazos. Dile que vas de mi parte.

Jamás me había detenido a pensar en los complejos y en las taras que tengo. Qué difícil ser uno mismo y qué tan cómodo es ser del montón. Atrás van a quedar esos largos meses en que tuve que experimentar con infusiones para calmar los nervios. Tengo rotundamente prohibido el café.

El miedo es el peor consejero, nos lleva a dimensionar un mundo erróneo, nos limita el camino y nos priva de la plenitud. Es el diario hispano más importante de la ciudad. Casi todos los periodistas son colombianos. Los he escuchado hablar de cámaras ocultas, de un lugar secreto desde donde un ingeniero vigila cada movimiento, cada palabra, cada minuto laborado. ¿Acaso allá no era lo mismo? Soy la única que no es ni refugiada, ni asilada. Y aunque a simple vista esto parezca una aventura, hoy más que nunca siento el peso de la razón, de la vida en esta soledad. A mí la fuerza me la da la misma vida.

XL

No tuve más opción que ...

Quiero transcribir esta conversación puntualmente ya que ha ocurrido algo impensable. Cientos de conjeturas tejí alrededor del misterio que encierra esta mujer, pero ninguna cercana a su verdad. Me limité a escuchar. Oí que Alexandra estaba llorando. Caminé despacio y en silencio hacia su habitación.

—Trabajo para ellos —me dijo—. A raíz de los negocios de mi padre me tocó aceptar su propuesta. Hoy estuve a punto de que me mataran en una operación contra las drogas y el lavado de activos. Estoy muy preocupada porque una de las promesas que me hicieron fue que arreglarían mis papeles y eso no ha ocurrido. Ya son cinco años trabajándoles, arriesgándolo todo. Debo suplicar año tras año para que renueven mi permiso laboral. Me llaman cuando hay algún trabajo especial, si pasan muchos días debo ser yo misma quien va de cacería y se acerca a la presa. Me han hecho trabajar encubierta hasta en Colombia, ¿recuerdas el taller de moda? Estoy cansada. Estoy casi segura de que nunca cumplirán la promesa de legalizarme. Volver del todo a mi país se convertiría en una sentencia de muerte. No tengo salvación.

No vale la pena seguir arriesgándolo todo a cambio de mi libertad. ¿Cuánto vale arriesgar mi vida y entregar la de otros? Por un momento creí que ellos lo habían arreglado así, que yo me había convertido en su objetivo también. Acabábamos de cerrar un negocio grande, ¿qué más evidencias querían?

Los tipos descubrieron el micrófono, apuntaron sus armas hacía mí. No sé cómo alcancé a tirarme al piso, solo escuché fulminantes sonidos. A uno de ellos le alcanzaron a dar. La agonía me desvaneció, sentí un vacío interminable. Una pequeña falla, una pequeña falla que pudo haberme costado la vida. Todo el centro comercial estaba rodeado.

El día que entraron y se llevaron el dinero fue un malentendido entre los mismos policías. Creyeron que les estaba mintiendo, que algo estaba escondiendo. Seguirnos al Negro y a mí era parte del plan para entregar a toda una banda. A buena hora no volvimos a trabajar en ese Club, prima.

Saben todos mis movimientos, mi trabajo es totalmente reservado. He tenido que delatar a mucha gente y eso me mantiene azorada. Mi trabajo es muy limpio, nadie puede sospechar.

No tuve más opción que ser espía.

FIN